



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES ARAGÓN

El Contrato con la Muerte: Historia de una Reportera de Nota Roja

Informe de Desempeño Profesional
que para obtener el título de

Licenciada en Comunicación y Periodismo

Presenta:

Karla Beatriz Sánchez Yáñez

Asesor: Dr.Édgar Ernesto Liñán Ávila

San Juan de Aragón, Estado de México, febrero del 2006.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

■ Agradecimientos

A mi tía Paty

in memoriam

al Dr. Édgar Liñán, por su apoyo y generosidad;

a Daniel Humberto, esposo amado;

a mis padres.

Índice

I. ASISTENTE DE REDACCIÓN

- 1.1 Cómo conocí a la Muerte. Trabajo de asistente
- 1.2 Firma del contrato con la Muerte
- 1.3 La Muerte me facilita el medio. Contratación en *Reforma*
- 1.4 Pininos de rojo. Méritos en Seguridad Pública
- 1.5 Los muertos que conocí
 - 1.5.1 Los cuatro hermanos ahogados
 - 1.5.2 Primera experiencia en Tepito
- 1.6 Organización selvática de una redacción

II. REPORTERA DE *METRO Y REFORMA*

- 2.1 El Polluelo se reporta listo. Pelea por el puesto de reportera
 - 2.1.1 El curso de inducción
- 2.2 Patrona exigente es la Muerte. Trabajo como reportera
 - 2.2.1 El Machete Vengador
 - 2.2.2 Aventuras de un trabajo sin igual
 - 2.2.3 Sentimientos al margen y el autoviudo
 - 2.2.4 Caído en el cumplimiento de su deber
 - 2.2.5 Más sangre en el Barrio Bravo
 - 2.2.6 Testimonios
 - 2.2.6.1 Pesadillas a 2 pesos
 - 2.2.6.2 Los niños que perdieron a su mamá y se encontraron conmigo

III. ADIÓS A *REFORMA*, HOLA A *EL UNIVERSAL*

- 3.1 Otro medio, la misma fuente
- 3.2 El pequeño detalle de *El Universal*
- 3.3 Con la Mara Salvatrucha no se juega
- 3.4 La Muerte conmigo
 - 3.4.1 Explosión en Tepepan
- 3.5 La Muerte me despide. Mi renuncia definitiva

Introducción

El informe de desempeño profesional es una gran oportunidad para desahogarse después de haberse retirado de dos de las empresas periodísticas más reconocidas del país, muy a pesar de los compañeros, de los jefes y los amigos que, preocupados por mi futuro, intentaron disuadirme sin entender mis razones.

Éste que presento me ofrece la oportunidad para cerrar una etapa de mi vida y, al mismo tiempo, resulta testimonio de algunas de las andanzas por las que es necesario pasar para convertirse en el reportero que se quiere llegar a ser.

La Muerte es protagonista de la nota roja, y del presente trabajo también, esa fuente que yo escogí para ejercer el periodismo y que a través de estas páginas trato de reivindicar.

Los reporteros que cubren día a día Seguridad Pública o la fuente policiaca, como también se le conoce, no llegaron ahí por ser personas insensibles, ni por carecer de valores, principios o buenos sentimientos.

Mucho menos porque fuera la última opción que tuvieron para trabajar en el periodismo.

Todos los compañeros que conocí durante mi desempeño profesional, llegaron a cubrir la nota roja porque son tan profesionales como cualquier otro.

A veces no sólo profesionales, sino reporteros y fotógrafos muy talentosos que lo único que buscan es trascender y comunicar a las personas de la forma más fiel y verdadera posible lo que ocurre, a través de imágenes o palabras.

Cubrir la nota roja es muy delicado porque se trabaja con la Muerte, ella está ahí todos los días tan cruda como puede presentarse a los ojos de un ser vivo y recordarnos el destino final que nos espera a todos.

Es cierto que en muchas ocasiones su llegada no puede ser sutil y que suele sorprender a las personas en forma brutal. Por eso la Muerte misma escoge quién puede realizar esta labor reporterial, porque, contrario a lo que se pueda pensar, se requiere sangre bien caliente que registre cada emoción vivida en una escena trágica y ayude a transmitir fielmente esto en papel o imagen.

Por eso yo sé que el trabajo de reportera de nota roja no me lo dio una empresa con la razón social de Consorcio Interamericano de Comunicación, periódico *Reforma*, ni tampoco *El Universal*, Compañía Periodística Nacional, estoy convencida de que la Muerte fue quien me contrató, ella me dio la oportunidad de estar cerca y conocerla mejor.

La redacción de este informe me costó más trabajo de lo que imaginé, porque hay cosas que me dolió recordar, hay otras que me ponen tan nerviosa que ni siquiera me atreví a rela-

tar, como el hecho de tener que declarar ante un Ministerio Público, simplemente por haber cumplido con mi trabajo.

Así, en las siguientes páginas rememoro esos instantes en que mi vida quedó ligada inevitablemente con la Muerte, desde el principio y hasta el fin.

A todos los que miré al rostro, ya sin vida, ahora es el momento en que quisiera dejarlos ir de mi cabeza y decirles que siento lo que les ocurrió y lamento haber estado a su lado antes que cualquiera de sus seres queridos. Sólo ellos escucharon la oración que les dediqué en silencio deseando paz a su alma mientras tomaba datos en mi libreta a su alrededor.

Mucho de lo aquí contenido son apreciaciones puramente personales, por lo que espero no comprometer a nadie, sin embargo, es una verdad, la mía.

Reconozco, desde luego, que tengo mi propia versión de lo ocurrido.

Del trato que recibí por ser la única mujer en el equipo sólo yo lo puedo sentir en mis recuerdos y sólo yo puedo decir con certeza que fue injusto.

Pero dicen que injusta es la vida y lo que narré no tuvo más propósito que exponer una experiencia, para mí ese trato no tiene mayor relevancia ahora y sólo me gustaría que sirviera de algo para que aquellos que buscan un puesto en los grandes medios de comunicación, nunca se den por vencidos, nunca le den el gusto a alguien de claudicar por una poca de presión.

Asistente de redacción

1.1 Cómo conocí a la Muerte



Era abril de 1998, cuando el profesor Saúl Salgado Salgado, quien impartía la clase de Nota Informativa y Crónica Noticiosa de la entonces Escuela Nacional de Estudios Profesionales Aragón, nos pidió llevar de tarea una nota roja, nunca nos dijo cómo conseguirla o con quién acudir, ni nada.

Salí de mi casa un domingo temprano, las calles estaban vacías, y mi madre me reclamó insistente, ¿una nota roja?, pero eso es muy feo, ¿a dónde vas a ir o qué?

No le pude responder porque obviamente ni yo sabía cómo le iba a hacer.

Recuerdo muy bien que esperé cuatro horas para que una ambulancia del ERUM (Escuadrón de Rescate y Urgencias Médicas) se apareciera en la zona de urgencias del Hospital Xoco.

En ese sitio había decidido esperar para hablar con los paramédicos, pues, atinadamente, había pensado que ellos serían las personas ideales para ayudarme a hacer la nota roja.

Supongo que desde ese día la Muerte me vigilaba.

Estaba ahí conmigo cuando esperaba en la zona de urgencias de Xoco y también cuando a la mañana siguiente, tal y como había acordado con el personal del ERUM, me presenté disfrazada de paramédico, dispuesta a asumir el riesgo de subir a un vehículo oficial sin autorización oficial.

Mi primer muerto no se dejó retratar, aunque el médico que lo certificó le alzó la cara tomándolo de los pelos, no se dejó retratar.

Ahora puedo entender que la Muerte no me conocía bien.

Sin embargo, y sin saber cómo, ese día quedé contratada, Ella me aceptó para promover sus empresas día con día.

Comencé una relación amistosa con el personal de la entonces ambulancia número 36004 del ERUM, Óscar Pastrana, Servando Torres y el médico Alfonso Torres.

Con ellos me dirigí a toda velocidad a una primera ubicación emitida por la frecuencia de radio, a un primer punto de la ciudad de México para encontrarme, por primera vez, con un hecho violento.

Aquel día conocí a la Muerte en persona, en una calle cerrada de la colonia El Reloj donde me estaba esperando.

Se trataba de un hombre joven que terminó sus días con los pantalones abajo, embrocado en la parte trasera de un automóvil Jetta.

Ahora no recuerdo a qué se debió, pura ineptitud supongo, pero a pesar de estar en el sitio de los hechos, con cámara en mano y con más tiempo del que cualquiera desearía, la foto no salió.

Y es que la Muerte no trabaja con cualquier persona, tal vez sólo escoge a unos cuantos.

Aquel joven fue el primer muerto de decenas que serían objeto de mi trabajo como reportera de nota roja.

Finalmente, con este hecho entregué la tarea a Saúl, aunque con retraso, fechada el 25 de abril de 1998.

1.2 La Muerte me hace firmar un contrato



Días después, aunque ya no había razones para volver, ocurrió que la atmósfera de trabajo me atrapó; sólo encuentro una razón para esto, y es que, como dije antes, la Muerte me había contratado.

Ella debió arreglarlo todo, pues sin saber por qué, mucho antes de que amaneciera volvía a convertirme en pseudoparamédico, a usar zapatos y ropa blanca y a cubrirme del frío matinal con una chaqueta azul, como los médicos del ERUM. Realizaba el viaje de 40 minutos de mi casa al cuartel de los rescatistas en la calle de Chimalpopoca, en la colonia Obrera.

Cada mañana subía a la ambulancia 36004 en completa clandestinidad, para emprender una jornada de trabajo con los verdaderos socorristas.

Los primeros días comencé por aprender el lenguaje policiaco que emitía el radio empotrado en el tablero de la ambulancia.



De izq. a der. Oscar Pastrana, Servando Torres, Dr. Alfonso Torres y yo.

Como ya trabajaba para la Muerte, todo se me facilitó, la relación con la tripulación se tornó de compañerismo y hasta llegó un tiempo en que estaba adaptada alegremente a la rutina de aquel trabajo.

He de aclarar que desde el primer día, el objeto de mi presencia fue dar fe, meramente, de un hecho violento con mi cámara fotográfica. Nunca toqué nada que no correspondiera a mi trabajo como fotorreportera, ni una gasa, ni una venda; a menos de que el momento apremiante lo requiriera, pero esto casi nunca ocurrió porque desde el principio apliqué el viejo dicho de “mucho ayuda el que no estorba”.

La cámara, eso sí, siempre la llevé conmigo, deseando, extrañamente para muchos, que los hechos del día siguiente superaran en niveles de drama a los del día anterior. Así me inicié en la nota roja.

El ERUM es parte de la Secretaría de Seguridad Pública local. La tripulación de una ambulancia de esta corporación la forman dos técnicos en urgencias médicas, uno de ellos como operador (conductor) y el otro como asistente. Un tercer miembro de la tripulación es el médico, quien es el primer responsable de la unidad.

Por alguna razón continué acudiendo a los turnos que cubría la tripulación de la 36004, de las 07:00 a las 14:00 horas. Debo decir que Servando, Óscar y el Dr. Alfonso fueron buenos amigos al adoptarme como una especie de miembro honorario cada día que quise asistir.

Me di cuenta entonces que su mundo se relacionaba íntimamente con los reporteros de la fuente de “policía y nota roja” y prometieron presentarme con varios de ellos.

No pasaron ni 24 horas para que cumplieran su promesa, pues el segundo día de polizonte en la ambulancia, me presentaron con Agustín Márquez, durante la certificación de un muerto en la calle.

Sombra, que ese era su indicativo (apodo) entonces y aún lo sigue siendo, tomaba las fotos de seguridad pública para el periódico *Metro*, del Grupo *Reforma*.

Merciera un capítulo entero este buen amigo, pero sólo diré algunos aspectos.

El indicativo por ejemplo, le vino por el tono oscuro de su piel, su cuerpo esbelto, pero sobre todo, por sus maneras discretas.

Agustín puede llegar hasta tu lado sin que lo sientas, sus pasos nunca resuenan suficiente, su presencia apenas se percibe.

Lo conocí el día en que conocí a la Muerte. Lo vi llegar y sin preguntar o mediar palabra con alguien, se aproximó hasta el muerto, le apuntó directo y disparó su cámara varias veces sobre él. Recuerdo esa escena muy clara, sobre todo, recuerdo su profesionalismo.



1.3 La Muerte me facilita el medio. Contratación en *Reforma*

Cuatro meses después de entregar mi tarea a Saúl, en agosto de 1998, otra profesora, Guadalupe Pacheco, quien nos daba la clase de Entrevista, nos pidió, también como tarea, contactar con empleados de diferentes medios de comunicación para charlar con ellos respecto a ese género periodístico.



Para prensa pensé de inmediato en *Sombra*, a quien había conocido meses antes.

Lo localicé una tarde por teléfono y le pedí que me ayudara para mi tarea. No lo sabía entonces, pero había pedido el favor a un hombre muy noble, y que no obstante, sugirió hacer la entrevista por teléfono. Yo le atajé de inmediato y con mucha sinceridad le dije que lo que deseaba además era conocer el lugar donde trabajaba.

Así fue como pisé por primera vez el periódico *Reforma*.

Sombra es un tipo muy serio –a simple vista-, y por supuesto esto me inhibía un tanto el día en que acudí al periódico con él. Lo encontré frente a una lámpara para negativos, agachado sobre un cuentahílos y concentrado en escoger su material fotográfico.

Fue muy gentil, pero no intercambiamos muchas palabras porque de inmediato me canalizó con un compañero suyo.

-Yo creo que él te podrá ayudar mejor que yo- me dijo.

El buen *Sombra*... me puso al frente del escritorio del mismísimo jefe de reporteros de Seguridad Pública, Gustavo Adolfo Hernández.

El jefe -ahora ex jefe-, accedió con relativa facilidad a charlar conmigo, algo a lo que ahora, podría apostar, se negaría a hacer con alguien más debido a muchos factores actuales.

Como se dice cotidianamente, eran otros tiempos, el ritmo de trabajo era más tranquilo, nada comparado con el actual dinamismo en la redacción de *Metro*.

Por cierto que este diario, perteneciente al Grupo *Reforma*, se halla en el segundo piso del edificio estilo neocolonial ubicado en Santa Cruz Atoyac, en la delegación Benito Juárez.

Cuando llegué ahí para visitar a *Sombra*, este piso estaba casi desocupado, era un galerón con unas cuantas máquinas y algunas personas en ellas. Personas relativamente tranquilas.

Hoy las cosas son diferentes, *Metro* ha crecido enormemente, cada día un poco más. La zona de trabajo se multiplicó varios pasillos, entre los que se encuentran más de 12 reporteros tan sólo para la sección de Seguridad Pública, y otros tantos para el resto de las secciones como Deportes, Estelar o Distrito Federal, además de los diseñadores gráficos, editores y coeditores.

El piso alberga también ahora a la sección de Club de *Reforma* y aquel galerón vacío que conocí, hoy es un ajetreado centro de trabajo, con gente corriendo de un extremo al otro.

Ese día, el jefe Gustavo contestó con paciencia a mis preguntas respecto al género periodístico de la Entrevista.

Esa actitud bastó para darme confianza y el valor para pedirle trabajo.

También en esa ocasión entregué mi tarea, fechada el 26 de agosto de 1998, aunque, por cierto, la reprobé.

Y a pesar de que entonces nos quejábamos de lo estricto de la profesora Guadalupe Pacheco en cuanto a la ortografía, hoy tengo que admitir que exigía lo mínimo.

Tuve suerte que al pedir trabajo con el jefe de reporteros éste me dijera que justamente existía un lugar disponible como asistente.



Mi entrada al periódico fue en ese sentido un poco fuera de lo normal, pues, para empezar, Gustavo abrió para mí el resquicio de una gran puerta, pero para abrirla del todo me encargué yo.

Después de hablar con él, concerté una cita con Adrián Rueda, entonces editor general del Periódico *Metro*, porque el puesto de asistente era para la redacción de *Metro*, que es parte de *Reforma* pero con su propia gente.

Él no mintió, existía otra persona casi aprobada para el puesto, pero decidió darme la oportunidad de demostrar que yo lo merecía más y me convertí oficialmente en aspirante al puesto de asistente de redacción.

Es bien sabido que tanto el periódico *Metro* como *Reforma*, suelen tener entre sus filas a reporteros jóvenes, porque una de sus estrategias de ensueño consiste en moldear a estos iniciados al estilo del grupo editorial, aprovechando su inexperiencia y entusiasmo.

Otro aspecto importante es que los asistentes del Grupo *Reforma* son considerados, la mayoría de las veces, candidatos a futuros reporteros, por lo que acceder a ese puesto, aunque sea el menor en el escalafón, requiere una estricta evaluación del departamento de recursos humanos.

Los asistentes de redacción o auxiliares de redacción, por lo regular son personas jóvenes contratadas por recomendación y que recién terminaron sus estudios (en periodismo generalmente), o que aún cursan la universidad.

Son estos muchachos quienes al final luchan entre sí para obtener las nuevas plazas de reportero que cada año se requieren dentro del periódico *Reforma*.

Cada sección del periódico cuenta con cierto número de asistentes, por ejemplo, para la sección Nacional, una de las principales del diario y que junto con otras como Deportes o Ciudad corresponden al departamento conocido como Hard News, existían alrededor de tres asistentes en un mismo turno.

Otras secciones de menor exigencia como Buena Mesa, o los suplementos semanales que pertenecen a Soft News, muchas veces no necesitan asistente.

Así es que *Metro* pertenece a la división de Hard News. Dentro de este diario la sección de Seguridad Pública a su vez, es la principal y siempre contó con el mayor número de reporteros y fotógrafos exclusivamente dedicados a la sección.

Adrián Rueda me pidió primero una autobiografía escrita en tercera persona, así como mi currículum.

De haber sabido que con esa prueba me evitaría una serie de exámenes ortográficos, gramaticales, y de conocimientos por los que pasa la mayoría de los aspirantes a un puesto en *Reforma*, tal vez antes de entregarla hubiera conseguido que me la revisara algún corrector de estilo o algo parecido.

No lo hice y aún me pregunto cómo diablos pasé la prueba.

Tuve además una entrevista laboral con María Luisa Díaz de León, quien por esos días era la jefa general de *Metro*, la mano dura y la mente brillante de la edición. No exagero al ver a María Luisa de esa forma, pregúntesele a cualquiera.

Tampoco sé cómo hice para pasar la prueba con ella, pero aún tengo en la cabeza cada palabra suya cuando al final obtuve el trabajo.

- Yo creo que sí te queremos, que sí queremos que trabajes con nosotros...

Como si fuera ayer.

Lo triste del asunto, es que no pasó mucho tiempo antes de que me diera cuenta que yo, como asistente, sencillamente no era de lo más brillante.

Todo el trabajo lo desempeñaba bien, y vaya que era un trabajo.

Los fines de semana era mi turno obligado, el sábado de tres de la tarde al cierre, el domingo de sol a sol y el lunes también de tres de la tarde al cierre.

No fue fácil aprender a usar ropa "formal", para alguien que como yo, nunca lo había hecho en sus 21 años, fue más doloroso de lo que alguien puede imaginar.

Como decía, todo lo aprendí muy bien y rápido, el sistema editorial de la computadora, el uso de un teléfono que más bien era una consola de conmutador, el fax, la impresora general.

Pero hay algo que nunca hice bien del todo, es penoso decirlo, pero es necesario, porque ese defecto arruinó mi reputación casi por completo: la comunicación.

Uno de mis deberes principales consistía en mantener en comunicación constante a editores y otros jefes con reporteros y otros subordinados, pues es de vital importancia para una redacción avisar cualquier cambio en el material previsto.

Ahí es donde cometía faltas una y otra vez, pues pasar recados nunca fue mi fuerte.

Estas faltas me trajeron descrédito en cierto sentido, aunque por otro lado, había otra parte de mí que paradójicamente hizo que me ganara la confianza de algunos editores, esto es, que para el oficio de reportero no lo hacía nada mal.

UN DOMINGO COMÚN COMO ASISTENTE EN LA REDACCIÓN DE *METRO*

07:00 horas, llegada a la redacción.

07:30 horas, inicio de llamadas a casa de los reporteros para leerles su agenda de trabajo del día (reporteros de Estelar, reporteros de Seguridad Pública, de Deportes y de Distrito Federal). Así como también recibir llamadas de reporteros que piden su agenda del día.

Verificar si es que hay eventos que requieran fotógrafo para solicitar que acuda alguno.

08:30 a 9:00 horas, llegada del periódico del día y repartición de un ejemplar al escritorio de cada editor.

Guardar el periódico del jefe o jefes que el domingo descansan.

Tomar la portada de un periódico para pegarlo en "la bandera", que es el mural donde se tienen pegados permanentemente las portadas de la semana.

09:00 a 09:30 horas, buscar en el sistema de cables uno que "cae" el domingo y que contiene los éxitos musicales en México y América Latina.

"Jalarlo" y abrir un archivo en el sistema de la redacción donde se tiene que formatear nuevamente.

09:30 a 10:00 horas, estar al pendiente de la llegada de un mail que envía el colaborador de los Horóscopos.

Igual que en el caso del cable de éxitos musicales, pasarlo a un archivo de redacción y darle formato.

10:00 horas, recibir la caricatura editorial del colaborador Ruizzte y guardarla para turnarla al departamento de escáner por la tarde.

11:45 horas, llegada de Pedro Terán, entonces coeditor de Justicia, y ahora titu-

lar de la sección gracias a su tenacidad, su seriedad, inteligencia, pero sobre todo, humanidad.

Imprimir el *Budget* (adelantos de notas del día) de Seguridad Pública y dárselo a Pedro, así como recados importantes de la editora que trabajó en su lugar el día anterior, darle reporte de novedades de la mañana y comunicarle con reporteros que desean platicarle sus novedades o dudas.

12:00 horas, Partida de Pedro Terán a la primera junta editorial del día en el periódico *Reforma*.

12:30 a 12:45 horas, regreso de Pedro.

Primeras llamadas de reporteros para que se les tome su adelanto informativo o se les envíe al departamento conocido como CIC (Centro de Información y Captura), donde alguien más les tome el dictado de su adelanto.

12:45 horas, llegada por fax de la columna de Tomás Mojarro, colaborador para las páginas de opinión.

12:45 horas, capturar el fax.

13:45 horas, término de captura del fax.

14:00 horas, llegada de editores de otras secciones como Deportes, Estelar y Distrito Federal, a quienes se les cumplen otras órdenes.

14:00 a 14:45 horas, estar pendiente para recibir colaboraciones de opinión de Marco Antonio Flota, Miguel Ángel Granados Chapa y Rafael Ruiz Harrell, ya sea por correo electrónico y si es por fax, capturar.

Imprimir *budget* de todas las secciones para entregar a cada editor el suyo.

15:00 horas, junta de editores de la redacción de *Metro*.

15:30 horas, salida de los editores de la junta.

15:45 ó 16:00 horas, salida para tomar alimentos y un respiro.

16: 45 ó 17:00 horas, regreso para el turno de la tarde.

17:15 horas, casi todos los reporteros han llegado a esta hora a la redacción y empiezan las peticiones para que se les comunique a celulares (pues sólo el asistente tiene clave para llamar al celular y lleva una hoja de control).

17:30 horas, revisar el sistema de cables y tomar los más relevantes en cuestión de nota roja, a nivel de la República, para realizar la columna titulada Justicia Nacional.

17:30 a 18:30 horas, apresurar por teléfono a los colaboradores que no han enviado la correspondiente.

18:45 a 19:30 horas, cuestionar a los editores de cada sección de *Metro* para tener el encabezado que formará parte del índice del periódico.

Una vez que se tiene un índice para cada sección, capturarlo e imprimirlo.

Llevar la impresión al editor general responsable para que, de ser necesario, le realice los cambios pertinentes. Una vez aprobado, mandar a publicación la página 2.

19:45 horas, recibir por fax la colaboración editorial de Eduardo Rocha, caricaturista, quien junto con su esposa Lupita es ahora padre de una linda niña, ahijada mía y de mi esposo (lo tuve que decir).

20:00 horas, capturar en la agenda del día siguiente eventos que han de cubrir los reporteros.

Revisar cables informativos en busca de noticias importantes de última hora.

20:30 horas, recopilación de eventos y órdenes para las diferentes agendas de cada sección.

Impresión de la agendas.

21:00 horas, aguardar la hora de cierre y ayudar en imprevistos de última hora. Mantener al tanto del proceso de cierre al director general del periódico *Metro* y comunicarlo constantemente con el editor responsable.

21:30 horas, aguardar por la agenda de Deportes, Estelar y Distrito Federal para informar a fotógrafos de *Metro* si se requerirá de su apoyo al día siguiente.

22:00 horas, permanecer al tanto del teléfono para dar y recibir recados y pendientes para el día siguiente. Así como llamadas urgentes que puedan ser motivo de cambios de última hora.

23:00 horas, un empleado del servicio de taxi pasa hasta mi lugar y me apunta en la lista.

23:15 horas, recoger el escritorio, poner papeles en su lugar y todo en orden.

23:30 horas, bajada a la recepción para aguardar turno en el servicio de taxis de la empresa.

Como he tratado de describir, el trabajo de asistente en la redacción de *Metro* era exigente.

Realizarlo requería a una persona versátil laboralmente, pues había un gran número de actividades diferentes.

Desde entrevistas exprés por teléfono, hasta edición de notas.

1.4 Pininos de rojo. Méritos para las páginas de Seguridad Pública

Al cabo de unos meses en la redacción, Adrián me llamó un día a su escritorio, me preguntó aquellas cosas de rutina entre empleados y jefes, y entonces lanzó la pregunta: y...¿cómo qué sección te gustaría reportear?

Contenta de que la hiciera, no dudé en responder: de lo que he visto hasta ahora, me gusta lo que hacen los muchachos de Seguridad Pública.

La sonrisa, siempre jovial y sincera de mi entonces jefe desapareció y frunciendo las cejas paternalmente agregó: bueno, no te vayas a cerrar a otras posibilidades, recuerda que hay otras secciones en las que los editores te pueden apoyar si te acercas a ellos para que trabajes notas, está Distrito Federal, está Estelar...

Esto ocurrió a unos meses de desempeñarme como asistente de la redacción del periódico *Metro*, en el año de 1998.

Existen, en esa conversación, dos hechos importantes; uno de ellos es que el director de *Metro* en aquel entonces, Adrián Rueda Fernández, se tomaba el tiempo para hablar con las “fuerzas básicas”, para conocer sus inquietudes y de paso saber a qué aspiraba una de sus tres auxiliares.

Este método de trabajo no era de uso exclusivo de Rueda, sino de todos los responsables de un departamento de información, lo que, en mi opinión, es uno de los aspectos que hacen fuerte al Grupo *Reforma*.



1.5 Los muertos que conocí

¿No temerías a la muerte si simplemente significara el dejar de ser y el abismo infinito de la inconsciencia?

A mí, a veces me congela el pecho y en la garganta el miedo me deja muda.

Por más que intenté, la fe en el ser supremo acabó por extinguirse y comencé una relación

cotidiana con la muerte.

De vez en cuando la sentía y tenía que soportarla, trepada sobre mis hombros. La angustia y la depresión podían durar días o meses.

Terminó por adherirse a mi piel y yo terminé por odiarla más que a nada.

Un día, Ella me ofreció un trabajo a su lado y yo lo acepté.

Han pasado varios años de eso y a penas comienzo a entenderla y a perdonarla.

Ahora voy a contar sobre algunos de los muertos que conocí, para no volver a pensar en ellos de nuevo, para mencionar su nombre por última vez.

El trabajo con la Muerte no tiene horario, como reportera de esta fuente no puedes programar tus notas del día siguiente, ni siquiera las del final de la jornada.

Entiendo que en cualquier otra fuente informativa es imprescindible que el reportero estructure un plan de trabajo, un esquema de notas o reportajes con varios días de anticipación para darlos a conocer a su editor, quien racionará la información diaria del periódico.

La Muerte no sabe de esquemas, de agenda, ni de planes de edición.

Trabajo, eso sí, todos los días.



1.5.1 Los cuatro hermanos ahogados



Una mañana de junio del 2000, mientras esperaba partir con los tripulantes del ERUM, advertí preparativos especiales y más movimiento de lo normal en el cuartel.



Rescate de cuerpos en la Presa Taximái, junio de 2000.

Una tragedia había ocurrido en el Municipio de Villa del Carbón, en el Estado de México y los rescatistas especializados en buceo saldrían hacia allá.

La víspera, Ella había acogido a cuatro hermanos en una presa de aguas engañosas.

Esa mañana, las previsiones y faenas que solía hacer para embarcarme en la ambulancia se complicaron por las circunstancias, pero al final ocupé un lugar entre el conductor y un paramédico en la cabina de una camioneta especial de rescate.

El resultado fue la primer nota roja que publiqué en *Metro* y *Reforma*, me la firmaron, y aún así pocos creían que se trataba de mí.

Inclusive recuerdo a Miguel Muñoz, coeditor entonces de la sección de Distrito Federal, quien me contó que la nota había causado cierto impacto cuando se comentó en la junta editorial del día.

—A mí lo que me sorprendió más, es que se la aventó la Polluelo—, expresó. Y la mayoría de los editores estuvieron de

acuerdo.

Fue para ellos tan increíble, que al día siguiente Agustín Márquez *Sombra*, fotógrafo asignado a este evento, no pudo más que llamar para agradecerme por la foto principal que apareció en la nota. Era una de mis fotos, pero se la firmaron a él.

Realizar jornadas en el ERUM fue el medio principal que adopté para llevar nota roja, que es básicamente de lo que se nutre la redacción de *Metro*.

Fue como polizonte que aprendí a reportear, a poner en práctica lo que a la par aprendía en la Universidad, pues para entonces cursaba el segundo semestre de la carrera.

Cada día que pasé en la ambulancia, en ese diario recorrer en la ciudad, entre hechos violentos, confusión y ajeteo, aprendí primero a enfriar la cabeza para reconocer la información importante de esta fuente.

Al principio, los datos más básicos se me escapaban al no poder sacar de mi mente las imá-

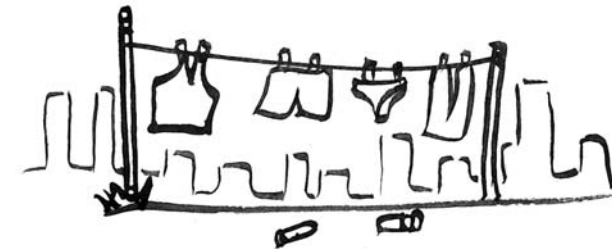
genes duras, como cierto día en que la sirena y las luces de la ambulancia 36004 se encendieron para llevarnos a Tepito.

1.5.2 Primera experiencia en Tepito

Entre acelerones y bruscos frenones nos fuimos aproximando al Barrio Bravo de Tepito que una vez más era noticia, pues se habían advertido disparos y se reportaba a una persona herida.

El fuerte sonido de la sirena electrónica y del llamado “gato”, que no es más que otra sirena pero mecánica, no bastaron para abrirse paso entre el gentío de la zona y el Dr. Alfonso tomó la determinación de abandonar la seguridad del vehículo y seguir a pie.

Esto implicó riesgos mayores porque cualquier conato de riña o intercambio de balas en esa zona suelen salirse de control y es algo más que una tradición que aquellos colonos vuelquen su ira contra la autoridad al más mínimo pretexto. Las ambulancias del ERUM no pue-



den ocultar esa identidad de autoridad con todas las insignias policiacas embaladas a los costados, frente y parte trasera.

En fin, corrimos dejando atrás el ulular y esquivamos a toda velocidad personas, puestos y autos hasta entrar en la vecindad que la gente señalaba a nuestro paso.

Este lugar ya se encontraba rodeado de policías de tensas miradas con las armas empuñadas; dentro de una de las habitaciones, de la que ahora sólo recuerdo el desorden, yacía una joven sobre el jarabe oscuro de su propia sangre.

Yo no podía apreciar de dónde provenía tanta sangre, pero al minuto, la camilla fue colocada a su lado, ella fue subida y al salir de ahí el desorden urbano parecía haber aumentado.

Tuvimos que evacuar lo más rápido que permitía la muchedumbre en un angosto corredor existente entre la banqueta, inoperante por los puestos ambulantes, y las camionetas de mercancía estacionadas a todo lo largo.

Cualquier error en mi camino hubiera provocado que los tripulantes de la ambulancia me hubieran dejado ahí por la premura de la situación, sin identidad y sin refugio, pero yo lo sabía y trepé como copiloto sin más.

Al arribar a la rampa de emergencia del hospital gubernamental de Balbuena, alisté mi cámara y tiré varias fotos mientras la niña era bajada de la ambulancia.

Tenía los ojos semi abiertos y su estado no era de total inconsciencia, por eso, en el momento en que me encontraba frente a ella, con la cámara por delante, su mirada me atravesó el rostro.

No sólo me miró, sino que las fotos que le hacía pudieron tal vez inquietarla, por lo cual tuve al instante una especie de pena y remordimiento.

No tengo idea si sobrevivió porque una bala le había atravesado el cráneo a la altura de la nuca, pero juraría que en sus ojos la Muerte me envió saludos en un reflejo fugaz.

Supe después que algunos delincuentes, al verse sorprendidos por la policía en un atraco, corrieron a refugiarse a esta vecindad del Barrio Bravo. Tocaron a la puerta de la adolescente para intentar esconderse en la casa y cuando ella decidió no abrir, posiblemente indecisa o asustada, dispararon.

Como dije, esto lo averigué tiempo después, en la calma de una charla entre los paramédicos. Pero el trabajo de reportero no es así.

Por la proximidad pude obtener valiosos datos, incluso exclusivos porque el acceso a reporteros a lugares cerrados en este tipo de situaciones se hace casi imposible, pero nada de eso hice por inexperiencia.

Es más, pude ser el pequeño prodigio de *Metro* al llevar la historia y fotos de lo sucedido, pero en realidad casi nadie se enteró de mis andanzas, porque además, las fotos que llevé no valían la pena y no las mostré más que a unos cuantos.

Comencé a publicar notas a los cinco meses de mi contratación en 1999, cuando Miguel Muñoz, coeditor de la sección de Distrito Federal, me ofreció reportear para la subsección de Paso del Norte, que contenía información general sobre migración.

Después de eso colaboré con relatos cortos para la sección Crónicas del *Metro* y con el paso del tiempo me convertí en comodín de los editores para reportear diferentes tipos de eventos, desde Estelar, pasando por el suplemento de Mi Bebé de *Reforma*, hasta traducciones y reportajes especiales.

Pero yo lo que más quería era ocuparme de la nota roja.

1.6 Organización selvática de una redacción

En aquella época, el equipo de la sección de Seguridad Pública se dividió para abarcar las diferentes fuentes, éstas no han cambiado mucho hasta ahora, por lo que sé.

Un par de reporteros se dedicaban a cubrir la información generada en los reclusorios capitalinos, juzgados, y en la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal, uno más estaba asignado a la Procuraduría General de Justicia del DF, y otro diferente a la Secretaría de Seguridad Pública capitalina y por último, los reporteros de los Casos del Día.

Esto de los Casos del Día consistía precisamente en la nota roja, es decir, que el reportero tenía por obligación cubrir los hechos violentos que se suscitaban durante el día.

Para cubrir esta fuente, por lo general el reportero se dirigía a primera hora -alrededor de las 07:00 horas- al cuartel del ERUM o a otro punto céntrico de la ciudad.

Los fotógrafos debían estar listos una hora antes, a las 06:00.

Ahora bien, cuando yo entré como asistente, los hechos noticiosos de esta fuente los conseguía el propio fotógrafo, a quien se le había facilitado un radio con la frecuencia policiaca.

Esto por supuesto, está prohibido por la ley, así que constituía un riesgo inminente para el empleado salir a la calle y estar pendiente de los acontecimientos del radio, por lo que al cabo de un año, más o menos, se determinó la necesidad de un nuevo puesto en la redacción: el de radio operador.

Este personaje se convertiría en los oídos del reportero desde la redacción del periódico. Al registrar un hecho relevante en la frecuencia, su misión sería avisar al instante al reportero que estuviera en la zona más cercana, manteniéndolo al tanto del desarrollo de lo ocurrido mientras él se desplazaba hacia allá.

Para comunicarse reporteros, fotógrafos y el radioperador, al principio se ocuparon radios troncales, es decir, radios MTX Motorola con los que se ponía en contacto a la redacción con el exterior, pues el teléfono en estos casos no es lo más práctico.

El tipo de frecuencia de estos radios puede ser fácilmente violada por personas que ocupan aparatos similares, y por esa época los únicos interesados en inmiscuirse en la frecuencia eran, por supuesto, reporteros de otros medios, en la eterna carrera por enterarse antes que nadie y ser los primeros en acudir.

Dadas las circunstancias, también fue necesario que los reporteros de *Reforma* se hablaran mediante claves de la policía, además de tener sobrenombres, mejor conocidos como indicativos.

Así, la sección de Justicia de *Reforma*, que no es otra que la de Seguridad Pública de *Metro*, se convirtió en una fauna salvaje.

Al jefe, Gustavo Adolfo Hernández, le creció la melena y le salieron garras, y desde enton-



ces se le conoció como “El Jefe León”.

Había entre reporteros y fotógrafos una Piraña, un Oso, un Lobo, un Jaguar, un Tigre, una Búho, una Lince y muchos otros animales.

Las tres asistentes de la redacción tuvimos nuestro indicativo también porque siempre estábamos en contacto con ellos.

Una se convirtió en Koala, otra en Unicornio, y yo, que por acabar de ingresar y por iniciativa de Piraña, fui Polluelo.

Al cabo de algún tiempo, y con la llegada de un nuevo presidente, Ricardo Elizondo Guajardo, las cosas cambiaron para siempre en *Metro*.

La versión popular de *Reforma* sufrió cambios, todos los necesarios para convertirlo en una competencia más fuerte, sobre todo contra los periódicos *La Prensa*, *El M* y *El Gráfico*, estos dos últimas realizaciones de *El Universal* y de distribución gratuita en el primer caso y a menos de la mitad de precio de *Metro* en el segundo.

Elizondo, ingeniero de profesión, ocupaba antes el puesto de la gerencia comercial de *Reforma*, pero su procedencia de alto directivo iba más allá de eso. Su familia es la misma que posee en Monterrey al periódico El Norte, y en Coahuila a Palabra, y en Guadalajara Mural, es decir, su familia es la misma dueña del Grupo empresarial *Reforma*.

Con su llegada, *Metro* ya no sólo buscaba llegar hasta las familias de clase media que hacen la mayoría, al menos en el DF, sino que irrumpió en los hogares más humildes con nuevas atracciones como la famosísima Chica *Metro* y se fue transformando cada día más en un producto de mercado que en un medio informativo.

Al principio, el periódico, que inició en 1998, fue bienvenido en un círculo específico de la población gracias a las sábanas que cubrían el rostro más crudo de la nota roja.

Elizondo develó esos rostros y *Metro* fue bienvenido en un círculo aún más amplio que dio como resultado, en pocos meses, la multiplicación de las ventas.

Así las cosas, los años pasaron y el diario fue creciendo también.

II. Reportera de *Metro* y *Reforma*



2.1 El Polluelo se reporta listo. Pelea por el puesto

Con *Metro* crecí periodísticamente y acercándose el final de mis estudios en la universidad me preocupaba cada día más por pedir mi colocación definitiva como reportera.

En este tiempo recibí la ayuda de la entonces jefa de información Cynthia Rodríguez, quien, estando al tanto de mis inquietudes, accedió a encargarse tutelarmente de mí al asignarme notas de mayor relevancia para que yo pudiera hacer más formal el trabajo de reportera.

Varios meses cubrí, con su asesoría, notas para la sección metropolitana, designada en *Metro* con el nombre de Distrito Federal.

Me encargué básicamente de eventos programados y de reportajes especiales.

Sobre todo, ayudé con las fuentes delegacionales, es decir, todos los eventos institucionales de las diferentes delegaciones políticas del D.F., y sus programas de gobierno.

La mayoría eran actos oficiales a los que tenía que hallarles el lado “inconveniente” y atisgar al delegado o al más alto funcionario con las preguntas más malintencionadas posibles para obtener una nota exclusiva en medio de otra decena de reporteros de otros medios que asistían al mismo acto.

Este es el hilo negro que *Reforma* sigue doctrinalmente como estilo periodístico.

En rara ocasión se asignaba fotógrafo para estos eventos porque, fuera de los aproximadamente cinco reporteros que había en un turno para Seguridad Pública, *Metro* sólo contaba con un par para el resto de las secciones.

Por esta razón también me fogueé con mi cámara fotográfica, pues a veces conseguir una “gráfica”, puede complicarse más que conseguir la información y en segundos puedes perder la única imagen que se esperaba publicar al día siguiente.

Todo este tiempo que pasé como asistente y reportera, el diario y su gente, los jefes, los

compañeros y el ambiente me inculcaron los principios del Grupo *Reforma* en el modo de trabajar, hasta que me corrieron por las venas y hasta que los tuve bien adheridos en cada neurona de mi cabeza.

En resumen, como reportera de *Reforma* no debía intercambiar de ninguna forma mi información con personas de otros medios, obtener siempre una nota distinta y exclusiva.

Jamás aceptar ni un vaso de agua en los eventos y muchas cosas por el estilo. No hay mejor diario que *Reforma*, nunca lo habrá y los que trabajamos en él somos una especie de raza superior muy afortunada.

Paralelamente a mis nuevas obligaciones reporteriles en *Metro*, no desperdiciaba oportunidad para subir a bordo de la ambulancia y rogar porque algo relevante nos tocara asistir para llevar una nota roja a mi redacción.

Sin embargo, lo que fue un buen recurso en su tiempo, se hacía cada vez más ineficiente, porque cada vez *Metro* tenía una cobertura más eficaz de los acontecimientos violentos de la ciudad, y si la ambulancia en la que yo cubría, asistía a uno de esos eventos, por lo regular no tardaba en acudir un reportero autorizado para realizar la nota, con lo que yo quedaba anulada.

Pero la Muerte presionaba y yo no tenía idea de cómo darle esa formalidad al trabajo de Seguridad Pública.

La ayuda llegó con Arturo Sánchez, un reportero de Seguridad Pública que hacía poco tiempo se había estrenado en el puesto de editor debido a sus habilidades periodísticas, inteligencia y profesionalismo.

No por nada lo conocemos como El Master.

Estoy segura de que Arturo fue contratado como yo por la Muerte y de que fue uno de sus promotores predilectos.

Siempre serio y comprometido, El Master no dudó de mis capacidades, algo que siempre le agradeceré y más allá de esto, vio en mí las aptitudes necesarias para cubrir Seguridad Pública.

Comenzó por asesorarme en algunos reportajes especiales.

Por mi parte, en más de una ocasión busqué realizar nota roja sin más ayuda de los viajes al ERUM.

Uno de esos intentos afortunados ocurrió cuando estaba a punto de retirarme de la redacción (los asistentes permanecen casi hasta el cierre de la edición), eran cerca de las 23:30 horas.

Un agente de la policía preventiva llamó y me pidió que mandáramos a alguien a una agencia de Ministerio Público porque recién habían capturado a un violador confeso.

El policía al teléfono más bien exigía la presencia de un fotógrafo y un reportero de la fuente, quienes se habían retirado a su casa hacía mucho tiempo.

No habiendo tampoco reportero de guardia nocturna, y ni siquiera un jefe de esta sección, no lo pensé más y le confirmé que íbamos en camino.

Tomé mis cosas, y llegué casi a medianoche a la agencia investigadora.

En el lugar ya se encontraban los compañeros reporteros que cubren durante la madrugada, pero nadie de *Reforma*.

Llegué a buen tiempo para hacer fotos del sujeto, a quien se acusaba de violar a sus sobrinas.

Hubo tiempo para interrogarlo con toda calma, pues los agentes judiciales habían puesto al sujeto a disposición de los medios de comunicación.

Al día siguiente, la nota que llevé fue la de mayor relevancia del día y se publicó en la página principal de la sección.

En otra ocasión diferente, le pedí a uno de los fotógrafos que me llevara “de paquete”, que así se le llama al dúo laboral de un fotógrafo y un reportero, a bordo de una motocicleta.

Accedió gustoso y esa mañana me recogió a primera hora en un punto acordado y partimos en la moto.

Lamentablemente poco después de medio día la motocicleta sufrió una ponchadura.

El fotógrafo se exasperaba poco a poco y en algún momento fue necesario que lo ayudara a transmitir mientras él se ocupaba del vehículo.

Apenas salió mi voz por la frecuencia, el Jefe León ordenó que regresara a la redacción inmediatamente, porque nunca pedí permiso para salir a cubrir. Así, aquella estrategia fracasó.

Llegó el año 2001, y con él, el término de mis estudios universitarios. Fue a partir de esta época cuando todo se complicó para mí en el periódico, pues era bien evidente que el editor en jefe de Seguridad Pública no pretendía otorgarme la oportunidad de reportear en su equipo.

Sobre las causas exactas, desde luego que tengo mi propia teoría, que trata definitivamente de discriminación de género, aunado al hecho que ya mencioné sobre mi nada brillante desempeño como asistente.

Con estos prejuicios de por medio, mi trabajo como reportera, del que nunca pudieron argumentar alguna falta o deficiencia, no les importaba en absoluto.

Por supuesto, hube de pasar por el escritorio de Adrián Rueda otras veces para tratar ese asunto, pero Adrián comandaba la redacción de *Metro*, que simplemente se sirve de las notas de la sección de Justicia de *Reforma*, y por ende, el asunto estaba fuera de sus manos.

A pesar de eso, Adrián me apoyó y sé que intervino por mí ante Gustavo Adolfo Hernández.

Algo más despejado el camino gracias a Adrián, también hablé con Gustavo, quien por fin en esa ocasión se mostró abierto y siguiendo un camino lógico y justo me pidió más notas para la sección.



Conferencia de la Procuraduría General de Justicia del D.F. en una agencia ministerial de Iztapalapa.

Claro, que esto no fue la gran solución porque si de notas se trataba yo sólo necesitaba la oportunidad de realizarlas.

Así, nuevamente entró en mi apoyo El Master, quien, sentado conmigo frente a Gustavo, se comprometió a asesorar las notas “de seguimiento” que yo comenzaría a hacer.

El prestigio de El Master como reportero y ahora editor, respaldaba y se responsabilizaba de mi trabajo, y Gustavo no pudo negarse.

Así comencé a publicar formalmente en seguridad pública.

Bastó con una primera asignación para que Arturo y los demás se dieran cuenta de que yo tenía claro qué es lo que quería.

Un día antes, la policía se habían enfrentado a balazos con algunos presuntos ladrones en medio del gentío en una calle del Centro Histórico.

Una de las versiones apuntaba a que después de cometer un asalto, uno de los hampones trató de confundirse entre los pasajeros de un microbús, de esos que tardan media hora en recorrer una cuadra entre las calles del Centro.

Pero un agente fue guiado por los testigos, quienes le señalaron al sospechoso a bordo del microbús.

Al subir al vehículo, el agente fue recibido a disparos, pero la suerte estuvo con él y el único que le pegó no le impidió responder al fuego con su arma de cargo y derribar al ladrón.

Cinco tiros mandaron al suelo a este sujeto, y no se supo si protegido por Dios o por el diablo, pero sobrevivió.

Al menos un pasajero salió lesionado en el intercambio de balas.

Mi misión fue el seguimiento de estos hechos al día siguiente.

Temprano me dirigí al hospital de gobierno capitalino donde habían internado tanto al acusado, como a uno de los pasajeros del microbús.

Ese día me encontraba nerviosa, pero con los cinco sentidos despiertos y al máximo.

Arturo me pidió averiguar todo lo que fuera posible sobre el estado de salud del pasajero y, además, la situación legal del maleante.

Me llevó toda la mañana y parte de la tarde la labor detectivesca que, ciertamente, define a un reportero de *Reforma*.

Después de muchas peripecias, nerviosismo, mentiras, tretas y disimulos, el guardia de la entrada finalmente creyó que yo tenía en mi poder el pase de cartulina blanca para acreditar las visitas familiares y, en un acto casi de invisibilidad, atravesé la puerta custodiada.

Y es que en hospitales de este tipo, no se permite la entrada a los familiares si no es con su respectivo pase en mano, un registro detallado en una libreta, y una rápida inspección visual del policía, quien no permite la entrada a más de una persona por paciente.

Una vez dentro, me encaminé al número de cama donde yacía este sujeto.

La identifiqué de inmediato porque estaba custodiado por un agente de policía judicial sentado en el pasillo.

Fue éste precisamente el siguiente obstáculo a librar, pero en esta ocasión, más por suerte que por astucia, el agente decidió no correrme de ahí al conocer mi identidad, lo que otro agente con seguridad habría hecho sin demorarse.

Entablé la charla más amena y amigable que me fue posible con el agente y en pocos minutos me permitió entrevistarme con el maleante, quien había sido intervenido quirúrgicamente la noche anterior para reparar el daño en el tórax que le causaron dos balas.

Por cierto que un proyectil más le atravesó un brazo sin mayores daños, otro, una parte del estómago y uno más, le rozó la cabeza.

Estaba perfectamente consciente cuando, cautelosa, me acerqué a su lado.

Abrió los ojos y escuchó con atención al agente judicial, quien le explicó quién era yo y a qué venía y de paso lo intimidó verbalmente para que se portase bien conmigo y respondiera a todo lo que yo le preguntara.

Después de su introducción, inicié mi entrevista respecto a los hechos del día anterior.

Por supuesto, el amigo se declaró inocentísimo de todo, me dio los más ridículos argumentos de por qué la policía le disparó y entonces ocurrió algo totalmente inesperado.



Uno de tantos.

El agente decidió salir al pasillo, no recuerdo si en busca de su otro compañero o si fue al baño, pero me quedé por unos momentos a solas con este delincuente.

Después de dirigir sus ojos hacia el ventanal de cristal que da al pasillo, y de cerciorarse que el agente no estaba cerca, me miró, tan malicioso como se pueda imaginar, y dijo algo que iba así, más o menos:

—Mire, le voy a pedir un favor, lo que pasa es que no he podido localizar a mi hermano para que venga por mí, así que tome por favor su teléfono. Si usted le llama y le dice que estoy en este hospital, él podrá venir por mí. —exclamó casi en susurros y con miradas ocasionales al ventanal.

Fue inútil toda la palabrería que se me ocurrió decirle para que no me confiara eso. Desde que se lo pidiera al agente, hasta que yo no tenía tiempo y quién sabe qué otra cosa dije para zafarme, pero al final él pensó que yo lo haría.

Desde luego también me advirtió de contarle al judicial, y cuando éste llegó, por supuesto no dije nada y después de despedirme me retiré.

Decidí que no concedería el favor al amigo, al cual yo ya había juzgado culpable de todos los delitos en su contra, pero esto no significaba que debía reflejarlo de ninguna manera en mi nota.

Unos pasillos antes o después, hallé la cama de uno de los pasajeros, quien era acompañado en esos momentos por su esposa y, también para mi fortuna, no se alarmaron ante mi presencia, accedió a contarme lo ocurrido según su versión y hasta una foto me permitió hacerle.

Con estos valiosos testimonios me fui a la redacción con la misión completa.

Fue sin duda un buen seguimiento a los hechos del día anterior y la primera nota de varias que se me asignaron en esa época con la asesoría de Arturo Sánchez.

2.1.1 El curso de inducción

Cada año, *Reforma* realiza un curso de selección para reporteros. Son cientos de aspirantes quienes se aplican para entrar en él, pero el proceso de depuración de la gente es implacable.

Reforma termina por aceptar a un reducido grupo, no creo que de más de 30 personas, quienes al final pueden tomar el curso.

Por varios meses asisten a prácticas y clases al periódico con el personal de capacitación, y como último paso son asignados a una sección donde trabajarán con un reportero en su que-hacer diario.

Este es casi el momento anterior a su contratación.

Así que en esas andaba yo, reporteando con todo mi ser cuando llegaron a *Metro* tres aspirantes a reporteros de Seguridad Pública.

Era seguro que abrirían plaza para alguno de ellos.

No tardé en comprender la jugada y ya francamente enfadada decidí hablar directamente con el señor del dinero, Ricardo Elizondo.

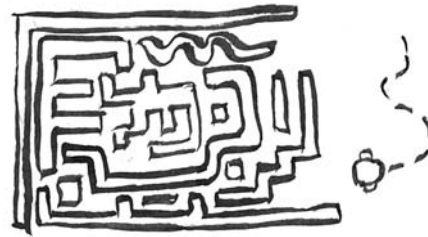
Iba decidida a que me corriera si era necesario pero mi punto de vista habría de entenderlo. Después de todo, como reportera no existía una razón para no obtener el puesto y si me quedaba callada los aspirantes serían contratados y seguro no pensaban en dejarme un espacio.

Ricardo escuchó, diría yo sorprendido, de la irreverencia con que puse mis argumentos sobre la mesa.

Así que unos días después volví a entrar a su oficina, a su lado un empleado de recursos humanos bien conocido por todos.

–Si no funcionas como reportera, en tres meses, te vas, porque no te quiero de vuelta al puesto de asistente–, amenazó.

Pues yo renuncié antes que regresar a ese puesto–, acordé yo.



Y todavía hubo una amenaza más, bastante extraña, malintencionada supongo.

Que por un tiempo cubriría la guardia nocturna. Inusual forma de recibir a un reportero nuevo, al menos en *Reforma* no era esa la estrategia. “Detalles como ése” me hacen creer con más fuerza la teoría de la discriminación sexual.

Y claro, lo miré bien fijo a los ojos y acepté.

Y dejé de ser asistente.

2.2 Patrona exigente es la Muerte. Trabajo como reportera.

Para abarcar informativamente esta gran ciudad, los jefes la dividieron en tres zonas.

La primera, incluía las delegaciones de la parte central del Distrito, es decir, a las delegaciones Cuauhtémoc y Venustiano Carranza.

La zona dos abarcaba el norte o sea las delegaciones de Azcapotzalco y Gustavo A. Madero.

La zona tres, una de las más conflictivas, la comprendían la delegación Iztapalapa, Iztacalco, Xochimilco, Tláhuac y Milpa Alta.

Si yo hubiera sido editor y desconfiara de las habilidades de uno de mis reporteros, lo último que haría sería asignarle la zona más difícil, puesto que es seguro que ahí se suscitarán hechos de suma importancia para el periódico y por lo tanto no arriesgaría esa información vital.

Y sin embargo, Gustavo Adolfo H. lo hizo, me puso a cargo de la zona tres, reconocidísima por su alto índice de delincuencia, por la brutalidad de los crímenes, casi siempre relacionados con el narcotráfico.

Desde el principio salí sola a la calle, en busca de mis notas.



Yo no tenía un auto para trasladarme entonces y *Reforma* no asigna vehículos a los reporteros, sólo motocicletas a los fotógrafos exclusivamente. Así que me encaminaba a primera hora a un punto clave que me permitiera trasladarme rápidamente entre las delegaciones a mi cargo.

Era difícil pasar inadvertida, porque los reporteros de seguridad pública cargábamos con mucho equipo indispensable.

Cargaba con el radio transmisor que debía mantener a mano, en un volumen que me permitiera escucharlo y a la vez pasar inadvertida y no llamar la atención de los amantes de lo ajeno.

Además, siempre traía en mi mochila la cámara de 35 milímetros con su respectivo flash, un teléfono celular, libreta, pluma, una Guía Roji para ubicarme, reloj de pulso y por si fuera poco, en todo momento debía llevar conmigo un casco de motocicleta.

Generalmente usaba un chaleco de reportero, porque cubrir esas notas puede llegar a ser muy ajetreado, y los instrumentos de trabajo deben estar a la mano y en un instante desaparecer para ser capaz de saltar a la motocicleta o salir a toda velocidad de un lugar.

Comenzaba mi rutina diaria alrededor de las 05:30 de la mañana, para estar apostada en mi zona de trabajo alrededor de las 7:00 am.

A los fotógrafos no se les asigna zona, simplemente se concentran en el centro de la ciudad para partir a donde se les indique. Cabe recordar que ellos trabajan a bordo de motocicletas, por lo apremiante de conseguir imágenes de situaciones fugaces.

Así que sólo los reporteros que les correspondía la zona centro solían estar más en contacto con los fotógrafos.

Y aunque les tocara la zona norte, ellos se juntaban con algún fotógrafo fuera de su zona, porque, entonces yo no lo entendía, era cuestión de compañerismo, amiguismo o simplemente de practicidad.

Sólo yo, tal vez por no entender lo importante de la sociabilidad, me apegué a la regla de permanecer en la zona asignada, lo que me aisló aún más de los compañeros.

Así inicié mi trabajo como reportera, apartada de todos, esperando a que se suscitara algún evento dentro de mi zona y me lo reportaran por radio.

Sentada en una banca del parque, en la delegación Iztacalco, o de la delegación Iztapalapa, o simplemente en algún cruce importante.

Pero había otra cosa que yo hacía para no sólo esperar. Esto fue relacionarme y conseguir información fresca en los Ministerios Públicos.

Estar apartada, no sólo laboralmente, sino socialmente del resto del equipo de Seguridad Pública, me ayudó, curiosamente, a ganar respeto de mis jefes, puesto que por ese tiempo, conseguí algunas de las mejores notas y además fotos exclusivas por mí misma.

Esto fue debido a que no estaba atendida a lo que “saltara” por la radio, sino que me relacioné con policías preventivos de la zona, judiciales que al verme con frecuencia por los cuar-

teles, me confiaron notas de las que nadie más se podía enterar, porque eran asuntos que no eran radiados, sino que tenían lugar en las agencias ministeriales.

2.2.1 El Machete Vengador



Tal es el caso del Machete Vengador, una de las notas más impactantes que logré en exclusiva para *Metro*.

Corría el mes de abril de 2003. Yo solía frecuentar la entonces agencia 70 del Ministerio Público, que era una de las más alejadas de Iztapalapa.

Se hallaba ya muy cerca de la salida a Puebla y con tanto trabajo se hacía difícil darse una vuelta hasta allá, pero aún así no descuidaba la información que ahí se generaba y trataba de acudir por lo menos un par de veces por semana o más.

Uno de los funcionarios de esta agencia se había convertido en una de mis fuentes más confiables e importantes.

Era imprescindible frecuentar a este funcionario para que a su vez él no perdiera la confianza en mí como reportera y de esa forma cada vez que un asunto relevante se manejaba en la 70, yo me encargaba de sacarlo a la luz pública.

De esa manera el trabajo que realizaban allí se daba a conocer en uno de los medios de comunicación más reconocidos, lo que sin duda les favorecía como autoridad, y yo obtenía notas interesantes para el público de *Metro* y Justicia de *Reforma*.

La fuente se tomaba la molestia de llamarme cuando algo podía ser publicable.

Ese día me localizó en mi celular y me aseguró que tenía una buena nota en la agencia.

Yo me encontraba en compañía de uno de los fotógrafos, Salvador Chávez.

Ratón era su indicativo y no era un tipo muy fácil de tratar, laboralmente hablando.

De hecho, tuve muchos problemas con él, y no estrictamente personales, sino en nuestra relación fotógrafo-reportero. No siempre fue así, afortunadamente.

Pero por aquel tiempo pedirle que nos trasladáramos para cubrir un evento del que sólo yo respondía o tenía información, bueno, no era fácil y a veces podía hacerle pensar que se le utilizaba de chofer, sobre todo siendo tan lejos como estaba la agencia 70.

Lo convencí de que era un asunto muy bueno y puso la moto en marcha.

La historia la protagonizaba don Armando Salazar, quien había pasado las últimas horas encerrado en una de las galeras de la agencia.

Se veía tranquilo cuando lo sacaron de la galera para platicar conmigo, pero definitivamente algo triste.

Al día siguiente, su rostro, con la incertidumbre reflejada en los ojos, aparecía en la primera plana del diario.

Oriundo de Puebla, don Armando, de 52 años entonces, había decidido poner fin a los problemas que, según él, causaba constantemente un joven de 22 años a la colonia Desarrollo Quetzalcóatl, donde él vivía con su familia.

El padre de familia salió de las galeras para entrevistarse conmigo y ser fotografiado por *El Ratón*.

Con calma, don Armando respondió a mis preguntas y narró detenidamente frente a mi grabadora el asesinato que había cometido hacía menos de 48 horas en contra de aquel joven, quien, según él, no era más que un ladronzuelo y un enorme problema para la colonia.

“No me importa (haberlo matado), porque quité un perjudicioso, quité un dañero, quité un delincuente que no valía la pena vivir, ya tanto perjuicio que hizo ya no era justo”, me dijo seriamente.

Camino de regreso “canté mi nota” con Pedro, y ya en la redacción estuvo de acuerdo conmigo de que era una muy buena historia y efectivamente obtuvo la primera plana al día siguiente.

Este crimen tiene su encanto, no sólo porque un hombre sin historial delictivo inesperadamente había asesinado a un joven a machetazo limpio, sino por toda la gama de circunstancias que conjugaron el hecho.

Entre esas circunstancias se encuentran el aspecto socioeconómico del inculpado, así como las características delictivas de la zona donde él y el joven residían, entre otros elementos que tejen la historia y la convierten en algo muy complejo.

2.2.2 Aventuras de un trabajo sin igual

Muchas de las personas que me conocían y se enteraban de que yo me dedicaba a la nota roja dejaron escapar expresiones más bien lastimeras y compasivas hacia mi persona.

Pero lo divertido era ver sus caras cuando yo decía que esa, precisamente, había sido mi elección.

Fuera de lo que la gente ha pensado siempre sobre la nota roja, yo me siento muy orgullosa de haberme convertido en reportera de la fuente que elegí.

Muchos reporteros que conozco han pasado por varias fuentes antes de llegar a una que les satisfaga profesionalmente, y yo me alegro de no haber trabajado por tiempo indefinido una fuente que me desagradara.

Hace años todo era diferente, los ingenuos periodistas que iniciaban en el mundo repor-



teril de los grandes medios de comunicación en la capital debían pasar casi siempre por la prueba de fuego de cubrir la nota roja.

Todo por acceder a otras fuentes que, a diferencia de ésta, sí tenían prestigio.

Lo dijo El Master: “La nota roja no debe ser más el rincón para fogear o castigar a los periodistas”.

Creo que hoy en día es más difícil acceder a la cobertura de esta fuente porque los grandes medios y la sociedad entienden mejor ahora la importancia que tiene el dar a conocer, mediante un buen periodismo, la inseguridad pública.

Por mi parte, la nota roja fue una aventura diaria, porque a diferencia de mis compañeros reporteros, yo no debía seguir una agenda.

Nunca sabía lo que iba a pasar en mi jornada de trabajo. Cada día algo diferente y alguien nuevo.

Así, en poco tiempo me di cuenta que mientras yo salía cada mañana de mi casa para trabajar, otras personas salían de la suya para morir.

Que sin saber, ellos tomaban su último desayuno, y que al observar sus zapatos para amarrar sus agujetas, no imaginaron que ya no las desatarían por la noche, porque un perito lo haría más tarde por ellos.

La Muerte inunda los lugares donde llega con una pesadez en el aire, con un velo de desolación, miedo y sorpresa entre las personas que permanecen cerca.

Ahí, en medio de la tragedia, aparecíamos nosotros, los reporteros, para ser testigos de lo ocurrido. Y aunque en eso consistía toda nuestra labor, a veces se hacía muy difícil no ser tocado en el corazón por la pesadumbre que vivían los familiares o sobrevivientes de un suceso.

2.2.3 Sentimientos al margen y el autoviudo



Una de las mejores presas en la cacería para los reporteros de nota roja son los Z-1, o los 14's, que es la clave para "muerto", que se utiliza en el argot de la policía y la Cruz Roja, respectivamente.

Es de suponer que en esta fuente las notas de mayor impacto llevan consigo el deceso de alguien en forma violenta e inesperada.

Pero no siempre es así, cabe señalar que un buen reportero, un reportero con la suficiente sensibilidad y

talento, puede impactar en nota roja con una buena historia, aun cuando en ella nadie haya perdido la vida.

Sin embargo, la Muerte opaca y no deja de llevarse el final más dramático.

A veces, la Muerte trabaja de una manera tan impecable, llega tan limpia e inesperadamente y es tan creativa, que la historia se escribe por sí misma.

En esas ocasiones La Muerte desplaza al fotógrafo y al reportero. Parecía decirme: "Mira esto, no tienes más que reportarlo, será un éxito".

Recuerdo varios momentos de esos, uno de ellos suscitado en la unidad habitacional conocida como Unidad Viaducto.

Mañana del domingo 20 de octubre, la motocicleta Yamaha 250 corre sobre el asfalto cortando el viento matinal. El fotógrafo Julio César Vega lleva el manubrio y yo voy aferrada en el asiento trasero.

Desde el periódico, el radioperador nos ha indicado un punto de la ciudad y nos ha advertido que se trata de un Z1, al parecer por Z3 atropellamiento.

En esta clase de situaciones, es apremiante el tiempo, porque los hechos se suceden rápidamente, la historia que debes contar para los lectores del día siguiente ha comenzado a desarrollarse y cada minuto en el que no te encuentres presente es una desventaja para tu redacción.

Cuando llegué los bomberos ya estaban ahí, no así los servicios periciales, por lo que ningún cordón de plástico amarillo me impidió el paso.

Me aproximé, y ahí, debajo de un enorme y viejo Crown Victoria, una esbelta anciana boca arriba.

Era Laura, de 68 años, quien a penas unos minutos antes había sido arrollada y muerta por su propio esposo, Juan, de 67, y todo al parecer por un estúpido accidente.

En un segundo, ella se había bajado para abrir la reja del estacionamiento a su esposo y al siguiente le pasaba el auto por encima a toda velocidad.

Laura murió demasiado rápido.

Entre más pronto asimiles lo ocurrido mejor será la historia que cuentes, nombres, cifras, quiénes son los protagonistas principales, quién puede darte el mejor testimonio y sobre todo, cuál es la línea central de la historia.

Porque, aunque tengamos un muerto en el lugar, como ya dije, no siempre es el foco rojo de la nota.

Debemos más bien descifrar el contexto y revivir al personaje en ese sentido.

Así, no es el lugar o el momento para que tus propias emociones interfieran.

La Muerte es estricta en este sentido, pues pide respeto y seriedad en el trabajo que haces para ella.

Entonces, aunque vi cómo el viejo caminaba de un lado a otro con un rictus de angustia profunda, aunque lo vi solo, desesperado y lo vi agacharse una y otra vez debajo del auto para observar la posición grotesca del cadáver de su esposa..., no podía entrometerme. Una parte de mí hubiera deseado abrazar a ese completo extraño, pedirle que se calmara, consolarlo.

Pero no era ese mi papel.

2.2.4 Caído en el cumplimiento de su deber

No todo eran las ganas de hacer algo más por las víctimas que no fuera perturbar con mi presencia y mis preguntas a los implicados en una tragedia.

A veces, también, todo lo que crees justo e injusto puede nublar la mente e influir la manera en que cuentas la historia.

La muerte de los policías en lo que llaman "cumplimiento del deber", siempre fueron los casos más concretos donde la impotencia y el coraje aparecían justo en el momento de redactar la nota.

Un disparo, un policía. Aquel fue el encabezado de *Metro* para la portada del 3 de abril de 2003.

Por dos días cubrí esta historia que relataba a los capitalinos el epílogo de la vida de Jaime Cruz, un policía de tan sólo 30 años.

Jaime se levantó el 2 de abril, si acaso unos minutos primero que yo, y después ambos sali-



mos a trabajar a la calle. Yo dejé mi casa al sur de la ciudad, y él la suya, al oriente, para cruzarse en mi trabajo con La Muerte.

Pasado el mediodía yo estaba acompañada de Salvador Chávez, *El Ratón*, y seguramente no hacíamos nada, más que estar atentos al radio, cuando Jaime Cruz, en un pasillo de la Central de Abastos, dirigía la mirada hacia tres individuos que por alguna razón llamaron su atención.

Al observarlos decidió investigar y con esta decisión puso la cuenta regresiva de su vida en los últimos segundos.

Los sujetos que le parecieron sospechosos efectivamente eran unos maleantes, ni siquiera profesionales, pues uno de ellos al ver la intención de Jaime de investigarlos, apuntó su arma contra él e hizo un disparo.

Un disparo.

Sangre en el rostro de Jaime.

La Muerte.

Al día siguiente, Irving, el hijo de cinco años de Jaime, todavía esperaba a que su papá apareciera a través del portón de su casa.

Además, él y sus dos hermanos gemelos, de apenas dos años, tuvieron que olvidarse de la promesa que Jaime les había hecho de llevarlos a la feria el domingo entrante.

En suma, que la objetividad es una herramienta difícil de utilizar al narrar estas historias a los lectores.

Era indispensable apegarse al estilo de *Reforma*, por lo que la nota comenzaba así:

“Un policía murió ayer tras un enfrentamiento con presuntos delincuentes, dos de ellos detenidos...”

Aunque mi sentido de la justicia hubiera deseado decir al público otra cosa.

Los desafortunados protagonistas de las páginas sensacionalistas de *Metro* a veces dejan la vida en lugares siniestrados o de difícil acceso, y esto, a pesar de constituir un riesgo para el reportero, lo hace en mi opinión más interesante.

Tal es el caso de los eventos suscitados en Tepito, cualquiera de ellos meritorio de la primera nota de la cobertura Metropolitana.

2.2.5 Más sangre en el Barrio Bravo

Mi primera cobertura oficial en Tepito llegó tan abruptamente como fue posible, en el día menos esperado, a la hora menos pensada.

Me encontraba de guardia en la redacción junto con mi amigo, el fotógrafo Alberto Neri.

Cubrir la guardia significaba que mi horario terminaba a las 22:00 horas, aunque mi entrada hubiera sido, como era siempre, a las 7 de la mañana.

Esto era para todos los reporteros de Seguridad Pública por lo menos una vez cada 10 días o menos.

Platicaba con Neri, en el escritorio de los fotógrafos, cuando el parloteo del radio de frecuencia policiaca dejó escapar la voz alarmada de un hombre que anunciaba: “Tenemos un Z1 en el lugar”.

Al mismo instante que se escuchó esto, Neri y yo interrumpimos nuestra charla para escuchar los detalles.

La emisión era algo confusa, pero fue claro cuando otro agente pidió una ambulancia para uno de sus compañeros.

Los informes salían del sector Morelos si no mal recuerdo, es decir, que pronto supimos que esto había ocurrido en Tepito, así que Neri únicamente se levantó y dijo “vámonos ya”.

Eran alrededor de las 20:00 horas, y la mayor parte del periódico ya se encontraba listo y en la última fase de su producción; en estos casos se advierte a los editores, quienes replantean su esquema para hacer espacio a una nota de última hora y que puede superar en importancia a la que se hallaba como principal.

Corrí a avisarle a mi editor del evento, me aseguré de llevar todas mis herramientas de trabajo, jalé aprisa mi chaleco del escritorio, mi casco y corrí a alcanzar a Neri al sótano, donde estaban estacionadas las motos.

Estaba a punto de oscurecer cuando llegamos a la calle de Herreros, en la colonia Morelos. El gentío rodeaba el cadáver de un hombre tendido en medio de la calle.

Se escuchaban muchos rumores, los agentes de policía andaban de un lado a otro pasando reportes por su radio y las torretas encendidas de las patrullas iluminaban de azul y rojo los rostros morbosos de las personas.

Al bajar de la moto, Neri me recordó que no dejara mi casco y de paso me pidió que recopilara la información tan rápido como me fuera posible, pues en cuanto la policía comenzara a dejar el sitio nos veríamos desprotegidos.

Por la policía nos enteramos enseguida que al interior de la cremería, La Finca, se había llevado a cabo un robo armado.

No recuerdo bien cómo fue o por qué razón tuvimos acceso a la cremería, pues en todos los casos en donde muere alguien en el interior de un inmueble, está de más pretender entrar como medio de comunicación, en realidad el acceso se restringe de inmediato.

En todo caso tuvimos mucha suerte y aun cuando tres cuartas partes de la cortina metálica ya estaban abajo y custodiada por judiciales, en algún instante atravesamos en el interior.



Lo que vi entonces aún no lo puedo olvidar.

De hecho, todavía tengo bien clara la sensación del líquido rojo y espeso bajo mis pies, porque no pude evitar pisarlo, y es que otro de los asaltantes había sido herido de muerte en la calle por un policía, y al verse atrapado, decidió volver sobre sus pasos al interior del negocio, donde se desplomó sobre unas cajas de cartón.

El rastro de su sangre fue abundante y estaba por todo el piso de la cremería. Con el entrar y salir de la gente, policías sectoriales, judiciales, peritos y nosotros mismos, aquel lugar se pintó literalmente con la sangre del sujeto.

Por otra parte, al ingresar al negocio estaba consciente de que había sido afortunada y que no debía desaprovechar esto para obtener mis datos, además de que estaba la posibilidad de que alguien se percatara de nuestra presencia y decidiera sacarnos de ahí.

Neri se apresuró a tomar las fotos del cadáver y yo ubiqué en el local a la dependienta, quien algo asustada y nerviosa, platicaba lo ocurrido con unos agentes, así que presté oídos y tomé nota.

Fue duro saber que Abel, un policía preventivo de 38 años, había sido muerto a manos de los individuos cuyos cuerpos yacían inermes.

Abel y su compañero se reportaron con la dependienta alrededor de las 19:30 horas de ese día, ya eran conocidos, pues la pareja de uniformados tenía en su ruta de vigilancia esta cremería.

“Después de pasar se despidió, dijo que ya se iba y lo vi dirigirse a la salida, en eso escuché los disparos y me gritó que me agachara y que no me moviera”, éstas fueron las palabras con las que la empleada del negocio resumía los últimos instantes de la vida de Abel, quien, como yo, salió esa mañana de su casa para verse con la Muerte, sólo que yo le trabajaba, y él era el próximo cliente.

2.2.6 Testimonios

Recoger testimonios es una de esas cosas que nadie te enseña en la escuela, ni aun en el trabajo. Se trata simplemente de pedir algo y esperar que no te manden al demonio, con justa razón. La aproximación a las víctimas o sobrevivientes de los dramas ciudadanos debe hacerse con el mayor cuidado y respeto, y, por si fuera poco, combinarlo con el atrevimiento y el empeño de saber.

Pero más allá de todo, creo que la confianza que inspire la persona se encargará de la parte más difícil.



La Muerte, como es bien sabido, no hace distinciones a la hora de firmar el contrato, así que, inevitablemente, también tuve que trabajar con el dolor de padres que de la manera más violenta e inesperada habían perdido a sus hijos pequeños.

Evidentemente esto aumenta el grado de dificultad para conseguir datos porque es un momento bastante penoso y más bien funesto para los padres y otros familiares.

Y sin embargo, lo hice, porque era mi trabajo. Porque en la redacción esperaban con puntualidad el testimonio de la persona más cercana a una víctima, y no importaba el cómo, sino el resultado.

Me atreví alguna vez a interrogar a una madre, casi en shock emocional porque su pequeña, de tan sólo cinco años, le había sido arrebatada de la mano por un microbús apenas hacía unos minutos.

Años antes de eso, me inmiscuí en la vida de Isabel Romero y Andrés Martínez, quienes un miércoles del mes de febrero de 2002, perdieron durante un fugaz incendio a los tres hijos que habían engendrado en su matrimonio.

Los niños murieron, uno a los tres años, otra a los dos y el más chiquito a los 3 meses.

Los medios de comunicación teníamos enfurecidos a los pobladores de Magdalena Petlacalco, porque, conocida la noticia, la mayoría nos trasladamos a aquella comunidad para dar seguimiento al drama.

La familia y pobladores de Petlacalco se reunieron al día siguiente para enterrar a los infantes. Con nuestra sola presencia se calentaron los ánimos de muchos de ellos, pero afortunadamente la cobertura se realizó y las amenazas de quitarnos cámaras o darnos una paliza se quedaron en eso.

Poco a poco adquirí la habilidad de sensibilizar las notas que de este tipo tenía que entregar, de hacerlas más humanas, menos rígidas.

En *Metro* me enseñaron a hacer eso, a conocer a fondo a los personajes de la historia, a hurgar en su pasado, a entender y contar al público aquello que habían dejado de ser.

No es nada fácil. La premura de estas situaciones apenas te deja tiempo de averiguar lo básico antes de que se recoja el cuerpo, o antes de que se acordone el área y manden a todos a apartarse. Investigar en pocos minutos la identidad de la víctima, del victimario, de la persona arrestada, la reconstrucción de lo sucedido, todo cuanto sea posible, no permite al principiante recoger lo más importante, que es la historia desde su parte más sensible.

En 2002, cuando atendí a ese lamentable funeral, ya era capaz de extraer todos los datos “duros”, pero las notas no eran las más atractivas.

“Respecto a las investigaciones que indiquen qué pudo haber ocasionado el incendio, el padre de los niños comentó que aún no tenía noticias de la agencia 65 del Ministerio Público, donde se presentó a declarar ayer”.

Recuerdo que hablé con el padre de aquellos niños, lo cual debió ser una oportunidad de

oro para averiguar algún detalle importante o simplemente interesante sobre sus hijos, pero el párrafo anterior demuestra la falta de visión que puedes tener cuando vas empezando.

A finales de ese mismo año había mejorado:

“Una mujer fue asesinada ayer de un balazo en la cabeza, frente a su esposo, durante un asalto que sufrieron cuando viajaban en su automóvil, en calles de la colonia Santa Martha Acatitla, en Iztapalapa. (...)”

“El matrimonio Peláez Herrera tomaba diariamente esa ruta, desde su domicilio en la colonia Lomas Estrella, para llegar a su trabajo en la Universidad Tecnológica de Nezahualcóyotl, en donde ambos impartían clases de física y matemáticas. (...)”

“Peláez y su esposa no tuvieron hijos en los tres años que llevaban casados, aunque según sus familiares, se querían mucho y planeaban con gran ilusión un viaje a Canadá en próximos días”.

Para el 2003 mi corazón se detenía, para mirar a la cara a los sobrevivientes y verlos sufrir y así importunarlos con preguntas, con una charla que no deseaban sostener.

“La última vez que lo vi fue anoche, como a las doce, yo trabajo en una taquería y él pasó a visitarme y ahí estuvimos un rato, luego me dijo que ya se tenía que ir para levantarse temprano porque tenía que ir a trabajar, pero ya no llegó a la casa”.

Al decir estas palabras, la mirada de Héctor Hernández vacilaba, y en un instante, de reojo, se dirigía al cuerpo carbonizado de su hermano, a unos metros de nosotros, y regresaba para mirarme a los ojos y seguir contestando a mis preguntas.

La imagen ya era demasiado grotesca para cualquiera, y no imagino siquiera el sentir de este joven que junto a mí permanecía a un lado de los restos negruzcos de su propio hermano.

Con esa decisión me acerqué a muchas otras personas en situaciones similares.

Me acerqué al niño de 10 años, cuyo primo de la misma edad, quedó acostadito en medio de una calle, con su camisa blanca teñida de rojo, después de morir atropellado rumbo a la escuela.

“Le gustaba jugar conmigo, jugábamos a los cochecitos, (...) la última vez que lo vi fue cuando le conté un chiste, esa fue la última vez que lo vi”.

2.2.6.1 Pesadillas a 2 pesos

A mediados de 2003 conseguí algunos testimonios exclusivos, en parte por el prestigio del periódico *Reforma*, que me respaldaba, en parte por el profesionalismo que estaba puliendo cada día, y en parte también porque dicen que un reportero sin suerte, no es reportero.

“Pesadillas a 2 pesos”; este encabezado de *Metro* publicado en un día de mayo de 2003, me metió en muchos apuros, pero al final fue de gran satisfacción.

Casi en tiempo récord, ese día conseguí para *Metro* y *Reforma* el valiosísimo testimonio de quien llamamos, por razones de seguridad, Vanesa.

Para obtener esos buenos resultados y verlos publicados mejor que ningún otro medio, se necesitó mucha perseverancia.

Mi editor me llamó por teléfono al medio día del lunes 12 de mayo de 2003, para notificarme que necesitaban algún testimonio de lo ocurrido entre la madrugada del sábado 10 y el domingo 11 de mayo, cuando los pasajeros de un microbús al sur de la ciudad, habían sufrido un violento asalto y secuestro y en el que las mujeres habían sido violadas.

Necesitaban una investigación que permitiera reconstruir la historia de forma más humana, pues tengo entendido que la primer nota que se publicó era demasiado estéril y se había desaprovechado en cierto sentido.

El hecho se había publicado ese mismo lunes, porque obviamente ya no alcanzaba a entrar en la edición del domingo, así que pasaron más de 24 horas para su publicación, el día lunes 12 de mayo.

Con todo ese tiempo de diferencia, conseguir un testimonio era una prueba bastante difícil y los editores lo sabían de antemano.

Colgué el teléfono y no me moví un centímetro de la caseta telefónica mientras pensaba en el lío que esto significaba y cómo debía resolverlo. Primero llamé al sector policiaco al que le correspondió atender la emergencia en su momento y fue ahí donde obtuve el primer golpe de suerte.

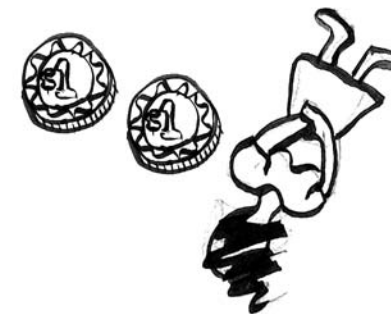
Me informaron que los policías que atendieron a los pasajeros de aquel microbús estaban en ese instante de servicio, pues su turno es de 24 horas por 48 de descanso y en aquel momento era posible localizarlos.

Supliqué para que les dieran aviso vía radio a su patrulla porque no podían proporcionarme su celular y afortunadamente ellos contestaron para dar su autorización de que me dieran su número telefónico.

Les llamé entonces inmediatamente, uno era Antonio González Maldonado, y el otro Leopoldo Ramírez Rocha.

Ellos fueron la clave de la historia porque accedieron a verme una hora después.

Me trasladé del centro de la ciudad a las afueras del Metro Puebla, allá por la Calzada Ignacio Zaragoza.



Este sitio por lo regular está siempre en caos vial, lleno de gente, camiones y transporte público obstruyendo la avenida, por lo que me costó mucho trabajo ubicar a la patrulla en el lugar donde quedaron de verme. Tardaron además más de lo acordado y yo empezaba a pensar que me dejarían plantada, pero finalmente aparecieron.

Sin decir mucho, simplemente abrí la puerta trasera y me encerré yo misma en el vehículo oficial. Ahí no pude sino confiar en los agentes que iban en la cabina.

Afortunadamente a las pocas cuerdas reconocí el cuartel de policía donde se estacionaron. Al salir, ya con calma nos presentamos y les planteé lo que necesitaba.

El solo testimonio que ellos me narraron sobre lo ocurrido en el microbús ya era bueno, pero entonces, casi de milagro, me confesaron que tenían en su poder el número telefónico de una de las víctimas de violación, y sin más, me lo dieron.

Cuando terminé la charla con los policías Antonio y Leopoldo lo primero que hice fue correr a hablar al número que me dieron, otro golpe de suerte fue el que me contestaran y al saber que era reportera no me colgaran.

La persona que contestó era un familiar directo de Vanesa, por supuesto fui lo más cordial, educada y sutil que pude, dada la seriedad del caso, y al final, conseguí arreglar una entrevista con la víctima y su familia.

Eran alrededor de las 17 horas cuando le notifiqué a mi editor el resultado, él estuvo muy satisfecho, diría hasta contento.

Pero la cita me la habían dado hasta las 19:00 horas, aproximadamente, en un sitio muy lejano, limítrofe con el Estado de México, por lo que los tiempos de edición hacían muy difícil que se publicara para el día siguiente.

A la hora acordada, en un restaurante conocido, hice contacto con Vanesa y su familia, quienes, aún habiendo accedido a la entrevista, se encontraban naturalmente recelosos.

Casi una hora duró la charla en el restaurante donde nos vimos y al final me rogaron que hiciera una buena labor y que no les traicionara, por su seguridad. Yo en realidad casi no podía creer el hecho de que hubieran confiado en mí plenamente, en algo tan delicado como su intimidad y seguridad, pero por alguna razón lo hicieron.

En gran parte por el coraje que sentían y porque eran personas muy responsables que consideraban su deber la develación de esa información a la sociedad, con la esperanza de que repercutiera lo suficiente en la conciencia colectiva y por supuesto en las autoridades.

Sus perspectivas se cumplieron y debo decir que de alguna forma las autoridades de Seguridad Pública se comprometieron, a mi parecer, en mayor medida de lo que lo hubieran hecho de haber sido un caso en el anonimato.

De hecho, al día siguiente de la publicación, la Secretaría de Seguridad Pública del DF se comunicó conmigo, a través del personal de comunicación social, para pedirme el número telefónico de Vanesa. Sin embargo, no solamente la ética marcada por *Reforma* me lo impe-

día, sino la mía propia y mi promesa con los familiares de guardar su identidad.

Finalmente yo me comuniqué con Vanesa y les hice saber que la SSP los buscaba, les di el número y así la contactaron para realizar diligencias legales que, hasta donde tengo conocimiento, apresuraron las investigaciones.

2.2.6.2 Los niños que perdieron a su mamá y se encontraron conmigo

Otro de los testimonios que conseguí, uno de los más duros que escuché, casi sin quererlo, fue el 10 de febrero de 2003.

Ese día me apuraron por la radio para atender a un supuesto suicidio en el Metro Hospital General, donde aparentemente una madre embarazada se había arrojado al paso del convoy frente a tres de sus hijos.

Para cuando pude llegar el cuerpo había sido recogido y las investigaciones ya se llevaban a cabo en otro sitio, pues todos sabemos de la velocidad con que se restablece el servicio del Metro en estas situaciones.

Averigué que en la agencia ministerial, ubicada en el Metro Pino Suárez, se realizaban las pesquisas y me trasladé allá.

Esta agencia es una de las que por lo regular tienen poca carga de trabajo, en comparación con otras, y sus instalaciones lucen casi siempre vacías, así que de inmediato llamaba la atención la imagen de tres niños solos jugando por ahí.

Con cautela, para que el personal de la agencia no me corriera o negara demasiada información, hice mi investigación y supe entonces que los tres chicos que estaban ahí habían presenciado el supuesto suicidio de su mamá.

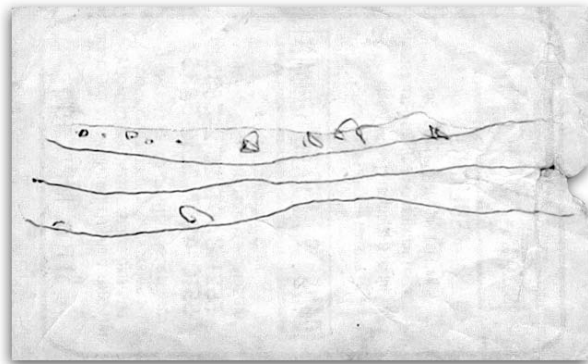
El personal de la agencia no me restringió mucho y los niños no tardaron en acercarse a mí. Les presté unas hojas de mi libreta, porque a los niños les entretiene ponerse a dibujar.

Recuerdo que yo esperaba una información al respecto y por eso no me movía de aquel lugar, por lo que pasé un buen rato con los pequeños.



No me hubiera atrevido a preguntarles nada sobre lo que acaba de pasar, pero no tuve que hacerlo, porque al fin ellos necesitaban decírselo a alguien y al poco rato de todo lo que hablaban era de cómo su mamá había desaparecido bajo el tren.

Uno de los infantes, una niña pequeña, incluso quiso explicármelo a su manera y con los bolígrafos de colores que les había prestado y las hojas, comenzó a dibujar sus recuerdos, y a representar el convoy del Metro que acababa de atropellar a su mamá. Ella sabía, no me queda duda, de que se había quedado sin mamá, y se le veía triste, pero no lloraba, supongo que porque no lo entendía bien.



Consevo el papel en donde la pequeña me narró lo sucedido a su mamá en el Metro.

Adiós a *Reforma*, hola a *El Universal*

3.1 Otro medio, la misma fuente



Uno trabaja, sólo trabaja y nada más, pero cuando menos lo esperas un compañero se vuelve contra tí, o sin desearlo estás en medio de un remolino de habladurías que no buscaste, son situaciones muy comunes de cualquier trabajo. Es bien sabido que no es muy tradicional apoyar en su trabajo a alguien para que siga adelante, al contrario, la mayoría no está en ese entendido.

Pienso que más bien es parte de su naturaleza el sabotaje y la grilla a tu persona y a tu trabajo, aun cuando no hayas hecho nada para merecerlo, es difícil no ser víctima de situaciones así.

Siento que todo eso me pasó a mí. De repente, un buen día comencé a sufrir todo el rigor del sabotaje de algunos compañeros del trabajo.

Después de todo el esfuerzo que hice para conseguir mi puesto como reportera, unos meses después, algunos se empeñaron en hacerme ver mi suerte.

Como ya he descrito, el trabajo de reportero de seguridad pública es duro, trae consigo cansancio mental, es complicado, extenuante y arriesgado. Pero siempre lo hice con gusto porque era lo que siempre había deseado, peleé por ello, y era buena en lo que hacía.

Por consiguiente nunca me molestó en alguna forma. Hasta entonces.

Jamás pasó por mi cabeza declinar, sólo porque tenía jornadas de hasta 15 horas o más en algunos días, corriendo siempre en la calle de extremo a extremo de la ciudad, muchas veces en ayunas.

Tampoco por el hecho de que La Virgen casi me habló en más de una ocasión cuando perseguíamos notas en moto por todo el D.F.

Ni porque la mitad del año siempre regresaba a casa mojada hasta los huesos por las lluvias y los traslados en moto. Y porque esos mismos traslados en moto rajaban como cuchillo la piel en invierno y porque nunca como entonces tardé tanto en recuperarme de una gripa.

Porque en la noche era normal sonarme la tierra alojada en mi nariz y en época de calores casi terminaba rostizada mientras esperábamos en la moto, junto al escape de un microbús, ante la luz roja del semáforo.

Sin mencionar las contadas horas que podía pasar en casa y con mi familia.

Nada de esto me importó realmente, hasta que sentí las malas obras de mis compañeros.

Éstas fueron muchas y muy pesadas y no creo que valga la pena mencionarlas, sólo lo digo porque influyeron mucho en mi decisión de renunciar al periódico.

Aguanté así algunos meses y poco a poco las habladurías ...cesaron. Lo asombroso es que después de lo que me hicieron, más de uno se atrevió a confesar, mucho tiempo después, que era algo que debía hacerse y que eventualmente los reporteros deben pasar por eso en algún momento. ¿Qué tal, eh?

Después de la tormenta viene la calma. Aquí no fue la excepción y vino un tiempo en el que tuve de nuevo el apoyo de los compañeros e incluso su amistad. Una extraña amistad sustentada y justificada por el hecho de que en su momento aguanté la prueba que me infringieron.

Por otro lado, Cynthia Rodríguez, quien había sido jefa de información en *Metro*, había renunciado al periódico en el tiempo en que logré el puesto de reportera.

Después supimos que se había convertido en la jefa de información de la sección Metropolitana del periódico *El Universal*.

Los jefes supieron que más allá de dirigir una sección con la que ya contaba con mucha experiencia, después de más de 10 años en *Reforma*, Cynthia representaba un nuevo frente de competencia directa para la sección Metropolitana de *Metro* y *Reforma*.

También fue evidente que en *El Universal* ella buscaría los cambios que le convinieran para llevar las cosas a su manera, y por lo tanto buscaría formar su propio equipo de trabajo.

En una de las juntas semanales que teníamos en *Reforma*, Ricardo Elizondo habló sobre esto para advertirnos que Cynthia haría contacto con alguno de nosotros para ofrecernos ser parte de su equipo en *El Universal*.

Esta advertencia fue para pedir de la forma más sutil posible, que antes de considerar la oferta hablaran con él para contraofertar.

Claro que esto no era extensivo a todos los reporteros, si bien lo había dicho en frente de todos nosotros, sabíamos quiénes en verdad podrían tener la posibilidad de no ser corridos al hablar de esto con los jefes.

Es decir, que sólo unos cuantos reporteros, a los que el periódico atesoraba, tal vez podrían hablar de una contraoferta en caso de que se les ofreciera una mejor paga en *El Universal*, pero para la mayoría eso sería como pedir la renuncia inmediata, pues *Reforma* no tolera esas situaciones entre su personal.

Así, uno de esos días, me convertí en una de esas personas a las que Cynthia les habló por

teléfono.

Me preguntó cuánto ganaba y era más de lo que me ofrecía *El Universal*, pero en ese momento estaba cansada de *Reforma*, por varias razones estaba a disgusto y no me importó ganar menos, así que acepté.

Ese fue el principio del fin de mi carrera como reportera, en seguridad pública, al menos.

Estuve en pláticas unos dos o tres meses más, antes de que pidiera mi renuncia en *Reforma*.

Fue un 21 de agosto de 2003 cuando le dije adiós a todo en *Reforma*, le dije adiós a casi cinco años de trabajo y de búsqueda de oportunidades.

Fue más difícil de lo que imaginaba que sería, a pesar de que intenté mentalizar cómo sería, fue muy duro.

Pero finalmente comencé otra etapa de mi vida, que al fin y al cabo me convenció de que no podía ser para siempre reportera o dedicarme a seguridad pública, y gracias a este cambio eventualmente lo descubrí.

3.2 El pequeño de detalle en *El Universal*



Casi una semana después de renunciar a *Reforma*, entré como reportera a *El Universal*.

Mi puesto se llamaba Redactor AA y ganaba más que cualquier otro reportero de esa área, pero mucho menos de lo que ganaba en *Reforma*.

Cynthia hizo lo posible por conseguirme el sueldo más decente y equiparable con el que tenía en *Metro*, pues estoy segura que prometió a sus jefes mucho sobre mí, tal vez demasiado.

Acerca de La Muerte, el cambio no le agradó, pero decidió trabajar conmigo un poco más.

Mi primer nota en *El Universal* se publicó el 28 de agosto de 2003, muy a pesar de los nuevos compañeros, quienes no tardaron en rumorar que por cuestión de amiguismo entre la nueva jefa, Cynthia Rodríguez, y yo, se me publicaba en la primera plana de la sección.

Por cierto que la nota era de carácter meramente Metropolitano, sobre el funcionamiento de los semáforos, y nada que tuviera qué ver con la nota roja.

Cynthia me explicó que lo que requería *El Universal*, eran notas de carácter más humano, como las que otrora realizara para *Metro*. Notas que relataran los pormenores de la intimidad de víctimas y sobrevivientes. Investigaciones profundas de casos dramáticos.

Antes de decidirme a dar el sí a Cynthia y de fraguar mi renuncia en *Reforma*, le había

preguntado de qué forma estaba organizada la sección policiaca, pero ella decía que aquello era lo de menos y que con mi llegada se arreglaría el asunto.

La primera semana como nueva reportera en *El Universal*, realmente tuve miedo y frustración al ver que no existía prácticamente ningún sistema de cobertura para la nota roja.

Sin radioperadores, qué digo, ni siquiera radios de frecuencia policiaca...

Entrando en materia de comparaciones, *Reforma* y su radioperador en turno podían hacernos llegar, y de hecho así sucedió alguna vez, a un fotógrafo y a mí antes que la policía a un banco recién asaltado.

Esto porque de alguna forma extraña, que no puedo explicar, el radioperador tenía la habilidad sobrehumana de escuchar al menos tres frecuencias a la vez.

Podía tener toda su atención en la frecuencia de la Cruz Roja, pero al mismo tiempo en la policía capitalina y así en el sistema de seguridad bancaria del D.F.

Y de donde quiera que un asunto importante se transmitiera, él identificaba la fuente y movilizaba a los reporteros.

En *El Universal* no existía la figura del radioperador, así que el manojito de reporteros gráficos que se dedicaban a la fuente policiaca, se las arreglaban ellos mismos para conseguir sus asuntos y llevarlos a la redacción.

Contaban con dos radios únicamente, uno de la frecuencia policiaca, y otro con la famosa frecuencia de los 11's.

La mítica frecuencia de los 11's tiene su origen hace ya décadas, cuando, según tengo entendido, 11 reporteros gráficos de nota roja y de diferentes tabloides, salieron por primera vez a trabajar con La Muerte a la calle, ayudados por una ambulancia de la Cruz Roja.

Así es, una desvencijada ambulancia rotulada con los signos de la Benemérita Institución, que bien podía haber estado en desuso, sirvió como transporte y medio para acceder con mayor facilidad a las escenas policiacas y de desastres.

Los compañeros en activo, cuentan ahora que eran siempre 11 fotógrafos los que se aventuraban a bordo de la ambulancia, para salir a toda velocidad y con sirena abierta a cubrir dichos eventos.

Con el tiempo, se hicieron de su propia frecuencia, la frecuencia de los 11's.

Con sus contactos, cultivados por años, con ayuda de la frecuencia de la Cruz Roja y la policía, se volvieron un fuerte equipo de trabajo de la nota roja.

Siendo 11, como eran, podían apoyarse los unos a los otros para cualquier eventualidad, de esas que nunca faltan al cubrir la nota roja.

Su círculo, por supuesto, no tardó en cerrarse a la competencia.

Para cuando yo los conocí, ya habían pasado muchos años de su formación y tal vez el asunto había decaído un tanto en calidad.

En resumen, que los 11's seguían siendo un grupo cerrado de reporteros gráficos de nota

roja que aparecían de repente en medio del espectáculo de la muerte.

Llegaban sin la menor discreción y se abrían paso entre la multitud, introduciendo la ambulancia lo más cerca posible y, mientras las personas expectantes en el lugar se encontraban distraídas, ellos comenzaban con su propio espectáculo. La gente le dirigía al vehículo de emergencia una mirada incrédula y después no cabían en el asombro que les producía ver cómo bajaban varios sujetos de mal aspecto, ataviados con chalecos holgados y repletos de equipo fotográfico.

En *Reforma*, el equipo de Seguridad Pública me enseñó a competir siempre con los 11's. Se trabajaba con ahínco para verlos ridiculizados, para llegar antes de que ellos lo hicieran, para ganarles la nota del día.

Pero, volviendo a la casi nula estructura para la cobertura de Seguridad Pública en *El Universal*, cuando llegué a este periódico, supongo que no sólo se trató de una contratación más, de hecho, se esperaba reestructurar el manejo de esta fuente y me pidieron toda clase de información sobre cómo se realizaba en *Metro* la cobertura policiaca.

Hubo una junta extraordinaria para este efecto y al principio caí en la ilusión de que los jefes tenían un interés real de hacer los cambios pertinentes y dar a la sección los recursos necesarios para que reporteros y fotógrafos cubrieran de la mejor manera Seguridad Pública capitalina.

Icela Lagunas, diestra reportera de esta fuente en *El Universal* y ahora una de mis nuevas compañeras, quiso desengañarme y, como ella, el resto de los integrantes de aquel equipo, pero no fue hasta que pasó el tiempo y observé la situación, cuando por mi misma entendí que *El Universal* no hablaba en serio.

Desde los sueldos de cada uno de nosotros, que eran demasiado bajos para lo que pudiera esperarse de un medio tan reconocido como *El Universal* y de puestos tan codiciados como el de reportero, desde esos sueldos el mensaje de la empresa ya era desmotivador.

¿Y si algo estuviera ocurriendo justo ahora?, ¿quién vigila?, ¿quién tiene el único radio policiaco con el que se cuenta?, ¿quién me avisará para dirigirme al lugar?

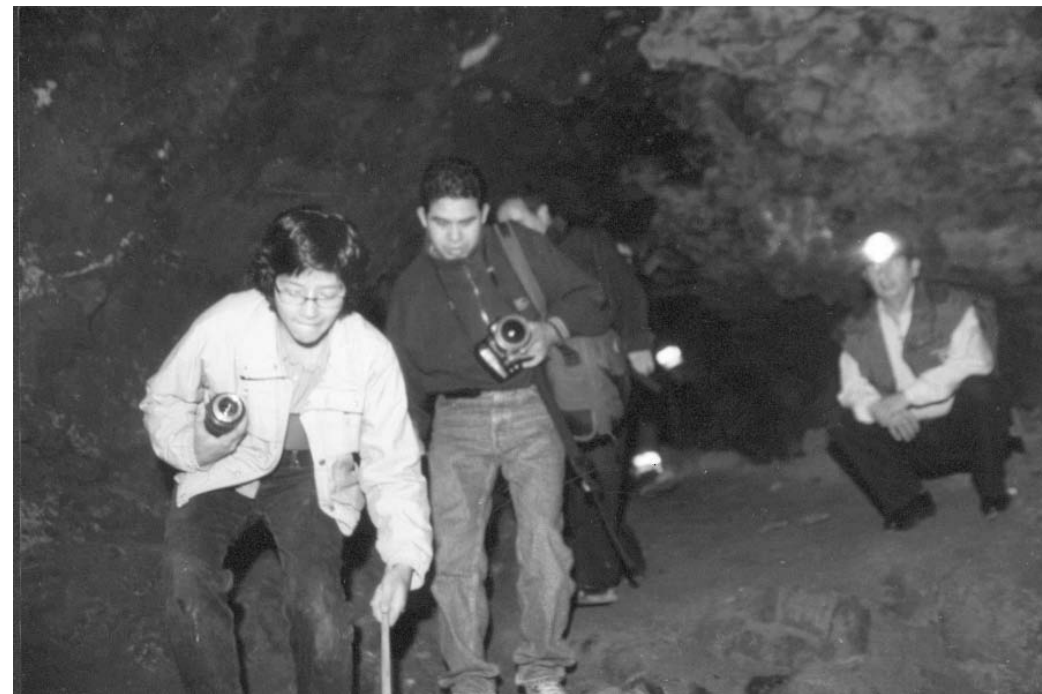
La respuesta a estas preguntas era dolorosamente simple: un fotógrafo.

Un solo fotógrafo asignado a los eventos policiacos manejaba el radio de frecuencia de la Secretaría de Seguridad Pública y otro con la frecuencia de los 11's.

El problema era que él no tenía intenciones de trabajar en equipo. Con mi llegada los jefes trataron de hacer entender a los fotógrafos que manejaban Seguridad Pública que la labor de los reporteros, desde ese momento, debía estar fusionada con la suya.

Sin embargo, no resultó nada sencillo porque en *El Universal*, ni los reporteros ni los fotógrafos acostumbraban trabajar juntos.

El material gráfico llegaba a la mesa de redacción de una u otra forma, entonces un editor sorprendido de las imágenes exigía al reportero que consiguiera la información.



Incursión de algunos reporteros a las cuevas del Cerro de la Estrella durante la búsqueda y rescate de un grupo de jóvenes perdidos por tres días en el interior. El fotógrafo Jorge Serratos en segundo plano.

Una, dos, tres o hasta más horas después de ocurrido el incidente. Esto por supuesto demeritaba la información que pudiera conseguir el reportero, la hacía vana y estéril, sin mencionar que ya no se obtenía de fuentes de primera mano, sino que la información ya había pasado de un lado a otro antes de llegar al departamento de Comunicación Social de la Secretaría de Seguridad Pública, de donde por lo regular había que rescatar las notas.

Hablamos una y otra vez con los fotógrafos, pero los primeros meses no tuve más remedio que enrolarme en el deprimente círculo de aquella forma de trabajar. Comencé a hacer lo que me pedían, a recuperar información vía telefónica, a “inflar” notas, a atenerme a lo que decía un boletín oficial, no porque yo lo quisiera, más bien porque el ritmo de trabajo no dejaba más remedio.

Poco a poco comencé a ligarme más con los fotógrafos y a tratar de prever con medios muy pobres los hechos violentos de la ciudad.

Un buen día, los jefes finalmente llevaron a cabo medidas extremas, que consistieron en que dos fotógrafos del staff general del periódico, que solían cubrir toda clase de eventos, fueron asignados para trabajo exclusivo del área de Seguridad Pública.

Ellos fueron Jorge Serratos y Jorge Carballo, quienes desde entonces trabajaron codo a codo conmigo.

Pero habían otros problemas, y el transporte era uno de los más importantes.

La única motocicleta disponible era una verdadera chatarra, era una Yamaha 250 en muy malas condiciones.

Recuerdo que no tenía casi frenos y el fotógrafo los metía varios metros antes para lograr detenernos, la batería se descargaba al menor descuido, entre otras fallas.

Ya en marcha daba miedo hasta que una llanta se le zafara o que nos dejara varados en algún sitio indeseable.

De esa forma no se podía competir por información exclusiva, pues aunque nos enteráramos antes que los demás de algún suceso, entre todos los medios, la nuestra era la última motocicleta en lograr llegar.

Así, la toma de decisiones sobre las notas que debíamos cubrir se hacía más difícil, porque si nuestro olfato periodístico no acertaba, podíamos perder otra nota, por cubrir la primera.

Hicimos, a pesar de todo, nuestro mejor esfuerzo. Con el tiempo los jefes vieron esto y decidieron adquirir una motocicleta del doble de potencia, una Zuzuki 500.

No compraron cascos y por aquella época a los nuestros se los habían robado en un cementerio a donde habíamos acudido a cubrir un funeral.

Casi renunció sólo por el hecho de que a los jefes poco les importaba que saliéramos a las calles sin la mínima protección.

Y aún así, tuve suerte y puedo decir con satisfacción que logramos cubrir alguno que otro evento de mejor manera que *Reforma* incluso, a pesar de la falta de recursos.

3.3 Con la Mara Salvatrucha no se juega

Jorge Serratos es un fotógrafo inquieto, le gusta su trabajo y siempre está en busca de una historia increíble para plasmarla en imágenes.

Un día llegó con la noticia de que en el Metro había conocido a un auténtico Mara Salvatrucha, quien había accedido espontáneamente a ser entrevistado en su casa.

Serratos me preguntó si yo me “aventaba” a realizarla pero no le contesté inmediatamente.

Tardé unos segundos porque todo el mundo conoce la fama de los Mara Salvatrucha, todos saben quiénes son y cómo llegaron a ser lo que son, así que no contesté de inmediato.

Al día siguiente el ruido del motor de la Yamaha ahogaba nuestros pensamientos más pesimistas, mientras nos dirigíamos hacia la casa del mara.



Afortunadamente ésta se ubicaba bastante lejos de todo lo que solíamos frecuentar, en una tranquila colonia del Estado de México.

Era mediados de junio de 2004 cuando tocamos a la puerta de *El Sharky*, nombre con el que era conocido entre la peligrosa banda, él nos recibió muy amablemente, pero no pudimos evitar el recelo al observar los inconfundibles tatuajes que distinguen a un mara salvatrucha, la rudeza de su rostro, la facha de su vestir.

Nuestro comportamiento fue ejemplar, realmente nos dirigimos a él mejor que a cualquier funcionario público y no tardamos en darnos cuenta que se encontraba bajo el influjo de alguna sustancia.

Se le notaba muy relajado y respondía con mucha franqueza a mis preguntas.

Básicamente, se trataba de una entrevista muy ligera sobre el Día del Padre, sobre su propia paternidad, su familia y cómo su condición de mara salvatrucha había cambiado su nueva vida como cabeza de familia.

No era la situación más agradable, ninguno de los dos conocía a este individuo, no sabíamos nada de él, excepto que se trataba de un auténtico Mara.

Por si fuera poco nos metimos a la boca del lobo, justo hasta su refugio, y la puerta se cerró detrás nuestro.

Antes de continuar quise dejar en claro que si él prefería omitir su nombre o el de sus familiares, yo estaba en la mejor disposición. Mi error fue preguntar una vez más, en otra oportunidad de la conversación, si no había problema al respecto de su identidad.

Vimos entonces que ese estado de tranquilidad podía convertirse en alguna otra emoción más fuerte porque la voz le cambió para mostrarse un poco más severa y expresó: Ya te dije que de eso no hay problema, y mejor ya no me insistas con eso porque..., y en ese momento Serratos interrumpió para tratar de darle menor importancia y exaltar otro de los temas que al Sharky sí le interesaba más platicarnos.

Disimulamos el nerviosismo y las ganas de terminar con la entrevista e irnos de ese lugar,

el tiempo transcurrió, sonreímos mucho, tal vez demasiado, y al final nos despedimos.

Al escribir mi nota ya en la redacción, me detuve indecisa al momento de realizar la descripción del *Sharky*, sobre todo acerca de su estado inconveniente.

Vacilé por varios minutos, hasta me puse a pedir opiniones pero la decisión final fue absolutamente mía.

“Con la voz apagada, un tanto amarga y distorsionada por el consumo de alguna sustancia que parece que aún fluye en su sangre, el *Sharky* revela el momento de su ingreso al MS en Los Ángeles, California”.

Estuve algo nerviosa los días subsecuentes porque el fotógrafo haría contacto con el mara para conocer su opinión... o para llevarle un ejemplar, no lo recuerdo.

El caso es que por él me enteré que aquel párrafo había hecho enojar al *Sharky*. ¿Hice enojar a un mara salvatrucha? ¿Hice enojar a un mara salvatrucha!

Dios mío, no creo en tí, pero ojalá me ayudes a que no pase a mayores.

El *Sharky* había prometido a su suegro, al unirse a su hija, que su vida como mara salvatrucha no sería causa de ningún descuido a su familia, a su joven esposa y a su pequeña hija.

No puedo saber esto cuánto esfuerzo le costó para arreglarlo con su suegro, pero cuando éste tuvo la entrevista publicada en *El Universal* entre sus manos, se indignó muchísimo cuando sus ojos alcanzaron ese párrafo en el que prácticamente se delataba que la pareja de su hija y padre de su nieta se encontraba bajo el influjo de alguna droga.

El fotógrafo se enteró de que el suegro no tardó nada en reclamarle al *Sharky* este hecho. Y tampoco sé cuánto le costó tranquilizarlo, o sí lo hizo, pero el caso es que el *Sharky* regresó a su casa muy enfadado por aquella publicación.

Hasta la fecha hago todo lo que esté de mí para no pasar a pie por la zona donde sé que el *Sharky* vende discos pirata para mantener a su familia.

3.4 La Muerte conmigo

Además de los sitios peligrosos por su alto nivel de criminalidad, la Muerte llegaba a lugares para causar desastre y todavía permanecía ahí un buen rato, pensando tal vez en llevarse con ella a alguien más, tal vez a un reportero o a un fotógrafo insulso que se acercara demasiado a Ella.



3.4.1 Explosión en Tepepan

En general, la Muerte se llevaba bien conmigo, puedo decir que fue consecuente a pesar de que en más de una ocasión me acerqué mucho a ella. El hecho de que ahora pueda contar mi trabajo con ella habla de una buena relación, pues, de lo contrario, no lo estaría haciendo.

Uno de los roces más palpables ocurrió el día 4 de noviembre del 2003, se acercaba el medio día y empezaba a preocuparme de que hasta esa hora nada relevante se hubiese suscitado en la ciudad, nada digno de la página de Seguridad pública de *El Universal*.

Si ningún asunto “brincaba” por la radio, no podía simplemente cruzarme de brazos y llegar a la redacción con ese argumento.

El Universal deseaba notas que compitieran con *Metro* en su profundidad.

Así que no creo que sea correcto expresarlo de esta forma, pero para mi fortuna algo muy malo se cocinaba al sur de la ciudad.

En *Reforma* nunca fue mi obligación atender o reportar lo que “saliera” por el radio de frecuencia policiaca, porque como he explicado, contábamos con un radio operador, y si algo se le escapaba y por esta causa no se realizaba la cobertura, su empleo mismo estaba en riesgo.

En *El Universal* ningún jefe estaba bien seguro qué tipo de radio se requería, cómo se utilizaba o quién estaba a cargo de escucharlo.

El radio teníamos que cargarlo con nosotros en la calle, con el consecuente riesgo de ser detenidos por la policía.

En ocasiones yo lo portaba, pero las más de las veces lo escuchaba el fotógrafo.

Ese día prestaba especial atención a la frecuencia porque, como dije, empezaba a inquietarme el hecho de que no llevaba notas ese día.

De repente, la voz de un policía reportaba a su base una fuga de gas en Xochimilco, y a los pocos minutos se escuchó la orden de evacuar de sus hogares a los colonos de cuatro cuerdas a la redonda.

Para mí eso bastó.

Le comuniqué al fotógrafo, y juntos evaluamos la posibilidad de ir hasta allá.

En ese momento nos encontrábamos a un costado de la Catedral Metropolitana y movernos tan al sur nos dejaba prácticamente vulnerables para el resto de la ciudad, que es donde por lo general se suscitan más eventos. El sur, en cambio, es una de las zonas más tranquilas.

Pero al fin no lo pensamos mucho y montamos la moto sin más.

El escenario que nos recibió me alivió de inmediato el ánimo, porque apenas al ascender por la avenida Guadalupe I. Ramírez un fuerte olor a gas ya se percibía en el aire que cortaba la moto y supe que se trataba de una buena nota.

No tardaron en aparecer más y más medios de comunicación. Un equipo de granaderos de la SSP resguardaba las calles impidiendo el acceso, los bomberos mantenían la guardia en alto y junto con personal de Metrogas trataban de localizar el lugar exacto de la fuga.

El olor era fuerte, y emanaba de casi todas las coladeras y registros en cuatro calles a la redonda, pero la exhalación más densa guió a los expertos hasta una coladera sobre la calle de Guadalupe I. Ramírez.

Un carro de bomberos se apostó justo al frente de ésta, igual que hizo una pipa de agua.

Al destaparla, podía observarse como un gas transparente salía, se elevaba y todo lo que se veía a través de él, cerca del pavimento, se distorsionaba en ondas finas.

Con la certeza de que la fuga principal provenía de ese sitio, los equipos de emergencia procedieron a asegurar el área y supuestamente realizaron los movimientos necesarios para detener el flujo del gas a través del sistema.

“Las llaves maestras que abastecen esta tubería ya han sido cerradas”, fue el informe que el departamento de Protección Civil propagó entre los medios de comunicación que estábamos en el lugar.

Al poco rato, y con esta premisa, la excitación inicial pareció aplacarse e incluso algunos de los medios más importantes optaron por retirarse.

También nosotros decidimos partir del lugar, toda vez que el fotógrafo había recaudado suficiente material gráfico y yo, por mi parte, estaba satisfecha en lo concerniente a la información.

Ya en marcha de nuevo hacia el periódico, me surgió una duda, lo suficientemente importante para obligarnos a regresar y hablar con el Ing. Luis Wintergerst, director de Protección Civil y uno de los principales responsables en el lugar.

Sin embargo, un retén de la policía nos impidió llegar hasta él, así que hubo que hacer labor de convencimiento para que al fin el granadero cediera el paso.

Me acerqué hasta don Luis W., quien en ese momento hablaba por su teléfono móvil, y esperé a que me atendiera.

Entonces todos lo escuchamos.

Era un corto circuito en los cables de electricidad de la calle y que, con vistosos chispazos, venía detonando una a una las cajas de los postes en nuestra dirección.

Pero esto no nos dio tiempo de anticipar nada y antes de que lo imagináramos sobrevino una escandalosa explosión. A escasos 5 metros de donde nos hallábamos.

El tronido lastimó mis oídos y por un instante nos aturdió, al mismo tiempo que recibimos el abrazo de una brisa cálida en la piel.

Una lengua de fuego salió como furiosa de la coladera antes mencionada y se elevó unos cuantos metros.

Después de eso, empezó a escucharse el griterío de las únicas personas que sabían qué hacer en ese momento.



Eran los bomberos que permanecían en su puesto y que prestos realizaban las maniobras para evitar otra explosión.

Demostraban la actitud de alguien que se piensa inmortal, porque, si no mal recuerdo, el primer reflejo de los que estábamos ahí fue correr en dirección contraria.

Yo lo hice, pero ellos no.

Un empleado de Protección Civil cargó sobre su hombro a otro que se quejaba de algún dolor justo frente a mí y corrió lo más rápido que su carga le permitía. Pasó a mi lado y yo me disponía a seguirlo cuando reaccioné.

Me detuve, observé cómo ellos se alejaban por una angosta calle para ponerse a salvo y di media vuelta.

Me acerqué al punto crítico casi sin saber para qué.

Un negocio en la esquina humeaba y parecía en ruinas, y yo sólo me quedé ahí mirando.

Hubiera sido más eficaz el trabajo de reportera de haber traído conmigo la cámara, pero ese día no lo hice.

Inmediatamente marqué al fotógrafo, pero la explosión se había oído y sentido hasta donde él se encontraba y los elementos del Agrupamiento de Granaderos cerraron filas ferozmente.

Le era imposible llegar hasta donde yo estaba, donde todo había ocurrido.

De cualquier forma, no pude permanecer más tiempo ahí, la movilización de los servicios de emergencia estaba al máximo y no tardaron en evacuar a todos los que se suponía debíamos estar ahí.

Los únicos que no resultamos heridos, a pesar de encontrarnos más cerca de la explosión, fuimos el Ingeniero Wintergerst y yo, porque sin proponérselo, habíamos quedado cubiertos por una pipa de agua, atravesada entre el negocio que explotó y nosotros.

El gas, que escapaba de todas las coladeras y registros, se había acumulado en el negocio de bobinas y motores que estaba cerrado.

Cuando las chispas llegaron hasta ahí, el lugar voló en pedazos.

Parte de la fachada de concreto se hizo añicos y mucho del material del taller se convirtió en peligrosos y pesados proyectiles que lograron derribar muy lejos la cortina metálica del negocio y aún el zaguán de metal de una casa, al otro lado de la calle, se dobló como si hubiese sido de plástico.

Aquella explosión fue sólo el principio de una odisea de cobertura periodística que realicé junto a compañeros de otros medios hasta la media noche y que tuvo repercusiones varias semanas después.

3.5 La Muerte me despide. Mi renuncia definitiva

A mediados del año de 2004, mermado mi ánimo por la exigencia de *El Universal* y sus bajos recursos comencé a pensar en la posibilidad de renunciar.

Pero no sólo por esto, sino porque no me podía ver a mí misma escribiendo sobre la Seguridad Pública de la ciudad de México en un futuro lejano.

Estoy segura de que ése no era mi destino.

Además, *El Universal*, que había fundado la subsección de Seguridad Pública en sus páginas con mi llegada, ya no daba mucha importancia a las historias de la nota roja.

La página era eso, una sola página donde unos cinco reporteros peleábamos por incluir nuestras notas.

Fui perdiendo espacio, las notas rojas quedaron relegadas frente a declaraciones oficiales de los titulares de la Procuraduría General de Justicia del D.F., de la Secretaría de Seguridad Pública, de los reclusorios y juzgados.

Pero lo que sucedió además es que me cansé de pelear el espacio.

En alguno momento, en esta época, la Muerte debió retirarme su apoyo, y después entendí que había sido despedida.

No tenía idea con qué iba a sobrevivir, cómo iba a ayudar a mi esposo con los gastos, sobre todo con nuestra hipoteca, pero al final, simplemente cerré los ojos, y me dejé caer. Caer.

Renuncié y ni siquiera tuve la cortesía de brindarles un solo día de respaldo. Me fui sin mirar atrás, sin despedirme.

En *Reforma*, después de cinco años de trabajo, no pude decirle a la cara a algunas personas lo que les apreciaba y lo que iba a extrañarlas, porque no deseaba llorar; en *El Universal* no cultivé tanto las relaciones, pero a muchos de mis excompañeros aún los veo con frecuencia.

Suelen animarme para llamar a una persona determinada para que me ofrezca trabajo con su recomendación, o de plano, con el teléfono en la mano, me preguntan si deseo que ellos lo pidan por mí.

No pueden entender que me encuentro bien y que estoy en el camino que deseo estar.



CONCLUSIONES

Lo extraño terriblemente. Esa es la verdad.

Ha pasado poco más de un año desde que abandoné la reportada, y todavía estoy de duelo.

Mas, la primer conclusión que se me ocurre dejar en claro, fuera de la situación del periodismo nacional y de su papel en la sociedad mexicana, es que primero se tiene que llegar.

Estoy pensando en los miles de egresados de esta carrera de periodismo que seguramente avanzan sin grandes esperanzas porque que la demanda para un puesto de reportero parece que ya es mucho pedir.

Porque la competencia es feroz y el panorama de desempleo hace pensar que es casi inútil solicitar una oportunidad en cualquier lugar.

Al respecto, resulta muy difícil hablar sobre uno mismo y su experiencia, pero ya que este trabajo me obligó a hacerlo, sólo quiero resaltar que, efectivamente, las oportunidades se reducen cada día más, pero las pocas que quedan están ahí para aquellos que deseamos hacerlo con toda el alma.

Hubo una ocasión en la que cada semana me tocaba trabajar con el mismo loco motociclista. Como describí en este informe, los sucesos extraordinarios de la ciudad no dejaban tiempo para tomar un taxi y apenas a bordo de una poderosa motocicleta alcanzábamos a llegar a tiempo.

Por esos días realmente consideré seriamente lo que estaba haciendo al subirme a la moto cada mañana y confiar en el sujeto que la manejaba a toda velocidad en medio de los poco considerados conductores capitalinos.

Un simple rango de 5 centímetros en muchas ocasiones hizo la diferencia para que yo ahora pueda estar hablando de esto.

Y fue en uno de esos precisos instantes cuando me di cuenta que eso que yo hacía, lo hacía por amor. Porque yo deseaba ser reportera de Seguridad Pública más que nada en el mundo, más que mi propia vida.

Estoy segura de que si no lo hubiese deseado con esa intensidad, no hubiera estado disponible un lugar para mí en el periódico *Reforma* el día en que solicité el trabajo.

Así con todo. Primero, hay que llegar.

Si pensamos que lo mejor y lo más conveniente para nuestra patria es brindarle un periodismo limpio, honesto y arrojado. Un periodismo que rompa viejos esquemas y vicios, lo primero que tenemos que hacer es llegar.

Es una de las cosas más difíciles porque ahí afuera no sólo hay miles que se desgarran por entrar a través de una misma puerta, también hay discriminación de género, hay deslealtad

laboral, hay peligro, hay mucho trabajo y sueldos poco remunerados.

Pero es un mal necesario para el periodista.

El duelo que siento por haber dado la espalda a esa parte de mi vida no significa arrepentimiento, estoy orgullosa de haber ejercido el periodismo que elegí, la fuente que elegí.

Pero en un plano personal, aprendí que se vale dejar todo, dejar lo que sea si con eso puedes encontrarte a tí mismo y a tu destino.

Que no pierdes un puesto codiciado en un medio de comunicación en el que cualquiera desearía trabajar, más bien ganas la libertad de ser y hacer.

Claro, que la experiencia es invaluable y por mi parte, agradezco haber conocido a una persona nueva cada día en ese trabajo. No podrían entender lo que para mí significa haberlos conocido, a cada uno, haber entrado a su humilde vivienda en una colonia marginada de Chimalhuacán, de haber sido bien recibida a veces y a veces haber enfrentado a un par de ojos encendidos de coraje en el funeral de sus hijos.

Charlar con un asesino confeso, con un policía lesionado, con la familia de víctimas de las peores situaciones y trasladarme hasta su casa, en un mundo diferente al mío, me dieron la pauta para seguir adelante con mi proyecto de vida.

Al final, es lo que gané con mi trabajo como reportera, la visión de lo que quiero para mi futuro.

La Muerte me despidió en junio de 2004. Es el único patrón con el que quedé en buenos términos.

